XII

RELATOS CORTOS

Tierra de Monegros

2010

Foto: Fernando Biarge

Premio de Relatos Cortos
Los Monegros
2010

Tierra de Monegros

2010

Edita: Comarca de Los Monegros
Avda. Fraga, s/n. 22200 Sariñena
E-mail: comarca@monegros.net
Imprime: Gráficas Alós. Huesca
Depósito legal: HU. 269/2011
Fotografía portada: Fernando Biarge

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 7

1.er PREMIO
"El Sr. Smith y las cosas que caen y ya no se levantan" 9

2.º PREMIO
"A deshoras" 29

ACCÉSITS
"Cinco vidas" 45
"El Tulpa" 63
"La correa" 83

PREMIO AL MEJOR RELATO MONEGRINO 99
"La factura"

ACCÉSIT AL MEJOR RELATO MONEGRINO 119
"¿Vas a dejar que suceda?"

PRESENTACIÓN

El Premio de Relatos Cortos Tierra de Monegros es, en el panorama literario, un premio consolidado –este libro corresponde a la XII Edición–, de amplia repercusión, no solo nacional sino más allá de nuestras fronteras –más de cuatrocientos participantes, más de veinte países–, que permite atraer sobre nuestra comarca la atención del mundo de la literatura. Escritores y lectores tienen en este libro un lugar de contacto con esta tierra, Los Monegros, en parte oscenses, en parte zaragozanos, cuyos habitantes intentan con gran esfuerzo construir un futuro, lejos de tópicos tantas veces injustos.

Ha sido también durante estos años una apuesta de la institución comarcal por la cultura escrita, como ha ocurrido con otras publicaciones, y de igual manera que otros eventos promovidos o apoyados por la Comarca demuestran su interés por otros soportes y medios de difusión cultural (pintura, fotografía, filmes...).

Este premio y esta publicación son también la apuesta personal de algunas personas sin las cuales no existirían ni el concurso ni el libro. Por supuesto va aquí el agradecimiento a todos quienes han colaborado desde su preparación hasta el momento de ver la luz la publicación, pero tengo que referirme especialmente

al anterior consejero comarcal de Educación y Cultura, Jesús Brau Grasa, cuyo testigo recogí no hace mucho.

Durante estos años Jesús ha impulsado y defendido el Premio de Relatos Cortos, así como el resto de líneas de trabajo del Área de Cultura, entendiendo que todo esfuerzo actual es una inversión de futuro, de mejor futuro para nuestros vecinos, nuestros hijos, nuestra gente. Y como él dice –y yo comparto–, la política cultural que mueve este certamen contempla dar respuesta a las necesidades e inquietudes de los monegrinos desde un planteamiento integral, donde están presentes creación, investigación, estudio y valores como el respeto, la libertad y la solidaridad.

Gonzalo Gavín González.
Consejero comarcal de Educación y Cultura

PRIMER PREMIO

El Sr. Smith y las cosas que caen y ya no se levantan

Cristian Alcaraz Hernández

Cristian Alcaraz Hernández

He colaborado con las siguientes publicaciones: *Rolling Stone*, publicando reportaje; *El Viejo Topo*, publicando reportaje; *Tiempos Salvajes*, publicando reportaje; *Badosa*, publicando ficción; *La Bolsa de Pipas*, publicando ficción; *La Revista* de la Escuela de Letras de Madrid, publicando ficción; *Almiar*, publicando ficción, reportaje y entrevista.

Estudié tres años de Escritura Creativa y Lectura Crítica en la Escuela de Letras de Madrid.

Actualmente escribo mi primera novela.

El Sr. Smith y las cosas que caen y ya no se levantan

Cristian Alcaraz Hernández

Es un peso o es una paz, piensa: qué paz, desde luego, si todo quedase inmóvil, si las aves del aire quedaran suspensas en su vuelo.

J. M. Coetzee, *El maestro de San Petersburgo*

No es fácil conseguir una temperatura adecuada en un sistema de grifos separados, un grifo para el agua fría y otro para el agua caliente. Hay que dar tres vueltas al grifo del agua caliente y algo menos de una vuelta al del agua fría. Si llegas a la vuelta completa con el grifo del agua fría, algo explota allí dentro y sale un chorro intenso, descontrolado. El agua caliente desaparece. Gritas. El calentador tiene que estar siempre al máximo, tanto en invierno como en otoño. También durante algunas partes de la primavera. Esto último es más difícil de controlar. Me enjabono empezando por los pies. No

canto en la ducha. Empiezo a enjabonarme por los pies y voy subiendo. Lo último que enjabono es la cabeza. La tubería del cuarto de baño hace un ruido distinto desde hace algunas semanas. A medida que el agua se acerca a la alcachofa de la ducha. Antes era un ruido de tubería, agudo y metálico, pero ahora ya no. En ocasiones pienso en cantar en la ducha. Alguna vez lo he intentado pero no paso de un "oh" o de un "¡UO-Oh!".

Un edificio grande y de aspecto antiguo está en llamas en la televisión. Uno diría, a primera vista, que no está todo el edificio. Faltan trozos. No es fácil de decir. La imagen no está quieta. La cámara sigue a una chica con un micrófono en una mano y un montón de papeles en la otra. La chica avanza deprisa y con dificultades hasta lo que parece un cordón policial. No es fácil de decir. Desayuno siempre con la televisión encendida. Dejo el noticiario puesto mientras desayuno pero no suelo hacerle caso. Leo la prensa con un rumor de sucesos de fondo, de noticias aún más nuevas que las noticias que leo. Noticias que se mueven y anuncios. Caliento la leche antes de echarla en los cereales porque los cereales son gruesos y compactos –un veintisiete por ciento de fibra– y si no caliento la leche no se ablandan. Hay un incendio gigantesco en la televisión. Soy un hombre que tiene tics nerviosos. Abro y cierro los ojos. Me quito y me pongo el sombrero. Me quito y me pongo el abrigo. Me pongo el abrigo y me lo quito. Paso una mano alisando la corbata. Sonrío cuando hago esto. No sonrío con las demás cosas pero sonrío cuando hago esto. Paso una mano alisando mi corbata y sonrío. A veces no llevo corbata pero igual la aliso. Soy un hombre que tiene tics nerviosos. El sonido que hace

ahora la tubería de la ducha no es un sonido. Es algo que está lleno de música.

Si algo hay en la imagen es humo. También llamas y ceniza, pero sobre todo humo. Humo subiendo por el edificio, abandonando el edificio de forma vertical. Hay una frase impresa en la parte inferior de la pantalla: "gran incendio en fábrica a la entrada de la ciudad". Me acerco al televisor y subo el volumen. No tengo mando a distancia. El plano se estabiliza frente a la cinta policial. La mujer se detiene y mira a la cámara. Tiene la mirada desorientada y respira por la boca. Sus ojos son bonitos.

La columna de humo asciende, llenando de oscuridad y formas el cielo en la parte superior del plano. La mujer habla mirando a cámara, sus hombros suben y bajan al ritmo de la respiración. Estoy seguro de no haberla visto antes. No se sabe aún si el incendio ha sido provocado. No se descarta. Los vecinos hablan de una fuerte explosión. Si la hubiera visto antes la recordaría. Sus ojos son verdes y claros y también grandes. El fuego está lejos de considerarse controlado. Algunos de los materiales almacenados en la fábrica son tóxicos, pero o bien no muy tóxicos o bien no en la cantidad suficiente. Repito en voz alta algunas de las frases que dice la mujer. Hago esto a menudo viendo la televisión. Han desalojado las casas y edificios más cercanos, es solo una medida de prevención. No se sabe aún si hay víctimas pero se cree que no. No solo repito frases, a veces también repito sonidos. Lo primero que me pongo siempre al vestirme son los calcetines. Después los pantalones del traje. Me pongo los zapatos antes de ponerme la camisa. Muevo los dedos dentro del zapato, rascando alternativamente el

interior de la suela y la parte superior del zapato. Me pongo la camisa, la abrocho, la pongo por dentro de los pantalones. Luego viene el cinturón. El orden en que hago esto es importante. Me pongo la corbata pero no la anudo todavía. El orden en que hago esto está lleno de sentido.

Coches de policía, agentes de policía y de bomberos. Un bombero atraviesa la pantalla corriendo de derecha a izquierda, sujetándose el casco con una mano. Algunas personas corren hacia el cordón, otras corren de vuelta del cordón. Hay dos personas cubiertas con mantas sentadas en la acera. Por detrás de ellos y frente al edificio en llamas hay tres camiones de bomberos. Del techo de uno de los camiones se eleva una escalera en dirección al humo. En lo alto de la escalera hay una plataforma. La figura que hay en el interior de la plataforma se vuelve diminuta de camino al incendio. Si los cereales no están blandos me hacen daño en las encías y también en la parte interior de las mejillas. El diario está abierto frente a mí. Cuando el humo alcanza cierta altura se dispersa en formas inestables. El humo hace formas que parecen orquestadas, por detrás de la chica y a lo lejos. Sale con tanta fuerza que parece echarle ganas. Una de las dos personas sentadas en la acera tiene la cara cubierta de hollín o ceniza o ambas cosas. Saca unos auriculares del interior de la manta y se los pone. Los auriculares están conectados a lo que parece un MP3. No es fácil de decir.

Me acerco al televisor para apagarlo y una fuerte explosión sacude la pantalla. Doy un paso atrás y digo "Oh". La cámara hace un movimiento brusco hacia arriba y la imagen se desenfoca. El cielo, desenfocado y cubierto de humo. La reportera grita fuera de plano.

Apoyo una mano en la pared, señalo el televisor y digo "Oh". La cámara vuelve a enfocarse. Hay gente corriendo en todas direcciones. La mujer de los ojos bonitos no está en plano.

"¡EL EDIFICIO MÁS CERCANO A LA FÁBRICA ACABA DE EXPLOTAR!!", dice, "UN SEGUNDO EDIFICIO ESTÁ ARDIENDO".

Señalo al televisor y digo "Oh".

Casi nunca pienso en mis tics. Los tics están ahí pero yo no pienso en ellos. Luego pienso en ellos, y entonces voy al médico. "No son más que nervios", dicen. "Pruebe usted a relajarse". "Está usted a punto de estallar, amigo", me dijo una vez uno. Se echó hacia atrás en la silla para reír. La bata le venía grande. La clínica era privada. Se echó hacia atrás en la silla. "Salga usted por ahí, busque cosas que le distraigan". Soy un hombre que tiene tics nerviosos.

–Llega tarde –dice el señor Uriarte.

–Un incendio.

–Usted nunca llega tarde.

–Después una explosión.

–No empiece a llegar tarde.

–La explosión fue junto al incendio.

–Y deje de una vez de hacer eso con los ojos.

Me miro siempre en el espejo del cuarto de baño a primera y a última hora. Me lavo las manos, doy unos pasos hacia atrás para verme mejor. Me miro en el espejo de cuerpo entero. Digo sí con la cabeza. Me miro en el espejo y digo sí, tres veces sí, con la cabeza. No me gusta que entre alguien al lavabo mientras hago esto.

Soy bueno haciendo mi trabajo o eso me gusta pensar. Paso datos a ordenador. Cajas y cajas de papeles. Estanterías llenas. Archivadores con anillas, paquetes de folios grapados, carpetas con separadores. Los informatizo. Hago documentos de Word con títulos numerados y los guardo. Tengo problemas de espalda porque paso muchas horas al día sentado. Tengo un pisapapeles azul que hasta hace poco nunca había usado. Me tomo en serio mi trabajo y me gusta pensar que lo hago bien.

Conseguí el empleo de una forma graciosa, o que resultaría graciosa si se contara bien. Yo no sé contar historias. Entré en la oficina una mañana en que llovía. Entré para resguardarme de la lluvia, de camino a otro sitio, una mañana entre semana. Intenté secarme la ropa y la cara con las manos y una mujer me cogió por el brazo.

–Llega usted tarde.

–¿Cómo?

Me llevó del brazo hasta un despacho de la segunda planta, la planta en la que ahora trabajo. Subimos con prisa. El señor Uriarte me estaba esperando. Tenía mala cara. Yo aún no sabía que el señor Uriarte era el señor Uriarte. Me disculpé por llegar tarde. Sé que es una buena historia pero no sé contarla con gracia. Dentro de una semana hará un año que trabajo aquí.

Tengo un cubículo individual. Una vez por semana guardo en un lápiz de memoria lo que he informatizado. El lápiz de memoria es de la compañía. No me lo llevo a casa. Tiene el emblema de la empresa en una de sus caras. Tiene dos gigas. Lo dejo siempre guardado en el cajón del escritorio antes de irme a casa, tanto si lo he utilizado como si no. No sé qué son dos gigas.

El señor Uriarte me preguntó que si tenía facilidad para teclear. La pregunta me pareció graciosa y le dije que sí. Me preguntó que si era rápido tecleando, si tecleaba mirando a la pantalla o al teclado. Qué señor tan simpático, pensé.

–¿No le resulta problemático para teclear eso que hace usted con los ojos?

Me preguntó si conocía algunos programas informáticos. Los dos primeros programas los conocía, y así se lo dije. Los siguientes no los conocía pero me dio vergüenza admitirlo. Con lo bien que está yendo todo, pensé, con lo majo que es este señor. Ahora no lo vamos a estropear.

–Empieza usted mañana a las nueve –dijo el señor Uriarte.

–¿Cómo?

–Y no llegue tarde.

Informatizar me ha parecido siempre una palabra excesiva. Lo que yo hago es teclear. Me gusta mi trabajo. Soy un hombre modesto y tecleo. Mi cubículo individual está situado entre otros cubículos, los cubículos son todos prácticamente iguales. Esto no me molesta. Me gusta pensar que he nacido para este trabajo. Un cubículo individual es una forma de mirar el mundo.

Me acerco a la salita de la fotocopiadora a hablar con Laura pero antes quiero dejar clara una cosa: yo no pierdo el tiempo. No soy una de esas personas que aprovechan siempre para dejar el trabajo a un lado. Me gusta mi trabajo. Hago bien mi trabajo. No me escondo. No me distraigo. Soy siempre puntual aunque

esta mañana no lo he sido. Yo no pienso en otras cosas. Es solo que me gusta hablar con Laura cuando Laura está en la fotocopiadora.

Miro por la ventana al entrar en la salita y veo caer a una paloma. No vuela, cae. Cae como caen las cosas que no tienen vida.

–Ha habido un incendio.

–¡Hola, cielo! Cómo estás hoy.

–Después del incendio ha habido una explosión.

Me aliso la corbata y sonrío. Una segunda paloma cae muerta al otro lado de la ventana.

Laura es mi amiga. No hablamos mucho porque siempre tiene que llevar papeles fotocopiados a algún despacho, o tiene que ir a algún despacho a recoger otros papeles. A veces me pone una mano en el hombro. Es una mujer muy ocupada. Lo que hace es importante. Cuando me ve siempre sonríe. Yo sé que ella va a sonreír, espero a que lo haga y entonces yo también sonrío. La sala no es más pequeña que otras salas de la oficina pero a esta sala la llamamos Salita. La salita de la fotocopiadora.

Una paloma se estrella contra el cristal de la ventana. El ruido del impacto es hueco. Laura está de espaldas y da un respingo. La paloma cae sobre la cornisa, aletea, retuerce el pico sobre el cristal de la ventana. Señalo con un dedo y digo "Oh".

–Qué cosa tan asquerosa –dice ella. Masca chicle. Me pone una mano en el hombro–. Nos vemos más tarde, cielo, ahora tengo que irme.

La paloma emite un sonido parecido a como sonaría una paloma intentando hablar en ruso.

Me gustaría pedirle a Laura que viniera conmigo a comer. El descanso para comer dura una hora. No sé por qué es tan largo el descanso. Como siempre solo. Algunas veces le pregunto a Laura si quiere comer conmigo pero se lo pregunto solo por dentro. Cierro los ojos, pienso la pregunta y se la hago. Se lo pregunto porque me gustaría que viniera a comer conmigo. La pregunta es perfecta, con cada sílaba bien pronunciada. El problema es que no lo digo. Me gusta cuando la fotocopiadora expulsa el papel con demasiada fuerza y Laura tiene que agacharse a recogerlo.

Una vez le pregunté al señor Uriarte que si podía acortar el descanso del mediodía, si la hora de comer podía durar menos de una hora. Cuarenta minutos, dije, pongamos cuarenta minutos. Qué tal si mi hora para comer durase cuarenta minutos. Si Laura sonríe yo también sonrío.

"¿Acaso me está usted vacilando?", contestó el señor Uriarte. "Tiene usted una hora, haga con ella lo que le venga en gana". Todo el mundo dice del señor Uriarte que es un hombre con muy mal carácter pero a mí me felicita a menudo por lo bien que tecleo. Por lo rápido que tecleo y porque no cometo errores. Casi no cometo errores. Él no dice teclear, dice informatizar.

"Está usted a punto de estallar", dijo el médico. La bata le venía grande. La clínica era privada. "Salga usted, busque cosas que le distraigan". Repito sonidos que oigo en televisión. Las canciones de los anuncios se quedan en mi cabeza. A veces se quedan bastante tiempo. A veces se quedan poco tiempo pero luego vuelven. Repito la melodía que sale de mi ordenador al encenderse y al apagarse. Mi jornada de trabajo es larga, mi jornada de trabajo es dura. Tengo problemas

de espalda porque paso sentado muchas horas al día. Me gusta mucho mi trabajo. No me quejo nunca. Yo no voy a trabajar y luego pienso en otras cosas.

Han conseguido apagar los incendios del primer y el segundo edificio. Ambos incendios están ahora bajo control. Han explotado otros tres edificios a lo largo del día, todos en la misma zona. La chica que lo explica es la misma y va vestida de igual manera. Repito la frase "ambos incendios están ahora bajo control". El maquillaje ha desaparecido de su cara, tiene arrugas y restos de suciedad en la camisa. Hay una mancha gris y pequeña en su mejilla izquierda. Pone un poco triste verla así. "Han explotado otros tres edificios", repito. Es aún más bonita sin maquillaje. El foco de luz que la ilumina proviene de la cámara y está rodeado de oscuridad. Sus ojos verdes surgen poderosos contra el foco. Al fondo de la imagen se ven llamas y diminutas siluetas que se mueven. No se descarta la intervención de terroristas. No se descarta nada a estas alturas. Nadie sabe a qué nos enfrentamos. Los bomberos y la policía siguen desalojando edificios. Quizá "sin maquillaje" no sea la mejor forma de explicarlo. Siento que estoy junto a ella en todo esto. Estoy contigo. Hay coches de policía y camiones de bomberos y equipos de televisión. Luego hay un corte publicitario.

2.

Dejo el tazón de cereales encima de la mesa. Me acerco al televisor y lo enciendo. Me quedo junto al televisor y le quito el volumen. La mujer sigue en pie frente a un fondo en llamas. Su ropa es distinta y su aspecto ha mejorado. La zona desde la que habla es la misma pero el fondo de la imagen no. Los edificios que arden en la imagen son otros edificios.

Subo las escaleras del metro de una en una pero deprisa. La boca del metro está a tres manzanas de la oficina. Hay que mirar siempre los escalones. Evito la proximidad de la gente cuando la proximidad de la gente es excesiva. Las personas chocan unas con otras en la calle por ir distraídas. Si hay que dar un paso lateral, se da. No pasa nada por dar un paso lateral. Yo no choco con la gente caminando por la calle.

Una mujer con un pañuelo en la cabeza empuja un carrito de bebé. Con una mano empuja el carrito y con la otra sujeta un teléfono móvil. Discute a gritos por el teléfono. El semáforo está en rojo pero ella sigue empujando el carrito. Quiero decir algo pero no lo consigo. Después lo consigo pero solo por dentro. La frase es perfecta, con todas las sílabas bien pronunciadas: ahí viene el cincuenta y seis.

El cincuenta y seis es un autobús y los autobuses son grandes, pero la mujer que empuja el carrito no ve venir el cincuenta y seis. Sucede todo en apenas unos segundos.

El conductor del autobús gira el volante. La mujer suelta el teléfono y grita. Los frenos del bus chirrían y yo me tapo los oídos. La mujer tira del carrito hacia la acera, tropieza y cae al suelo. Queda tumbada boca arriba sobre el paso de peatones, señalando involuntariamente el cielo.

El conductor del autobús parece un dibujo animado que se ha quedado con el volante en la mano y aun así lo sigue girando. La belleza está a veces donde menos te lo esperas. La vida pasa tan deprisa.

El autobús esquiva a la mujer y al carrito, golpea un peugeot doscientos cinco aparcado en la mediana

intermedia y entra en el carril contrario. Aquí hay coches que frenan y coches que no, coches que chocan y coches que no. Una furgoneta sube a la acera y atraviesa el escaparate de una tienda de ropa para niños. El carril contrario es un baile de reacciones y miedo, de ruido metálico y cristales. El autobús vuelca y se desliza sobre uno de sus lados. Espero ver chispas mientras se desliza pero no las hay. El autobús queda atravesado en mitad del carril contrario.

Señalo el escaparate de la tienda de ropa para niños. Señalo el autobús volcado. Señalo los coches amontonados. Señalo cada cosa y su desastre y digo "Oh". Digo "Oh-oh-Oh".

–Llega tarde.

–¡La mujer!

–¿Por qué grita?

–¡El autobús!

–¡Está empapado en sudor!

–¡El carril contrario!

–¡Tranquilícese! Está usted a punto de estallar.

Dejo el abrigo y el sombrero en el perchero comunitario. Entro en mi cubículo individual. Voy al lavabo mientras el equipo arranca. Quiero devolver mi respiración a su sitio pero no sé bien cómo se hace.

Las cajas que contienen los papeles que tecleo están en una habitación de la cuarta planta a la que todo el mundo llama "el almacén". Sé que los empleados que se dedican a llenar las cajas son tres, pero nunca coincido con ellos. Llenan las cajas. Las cierran con un precinto. Las dejan en hileras contra la pared. Tengo llave de la habitación.

Dentro de las cajas han empezado a aparecer novelas. Desde hace algunas semanas. La mayoría de las novelas está en castellano, pero las hay también en francés y en inglés. Las hay incluso en ruso.

Cuando enciendo la luz del almacén de la cuarta planta se pone automáticamente en marcha el hilo musical. La moqueta de la sala es gruesa y mullida y acolcha mis pasos. Es como caminar sin caminar. Es un momento bello. Lleno por igual de música y silencio. Yo camino pero mis pasos no están.

La primera vez que encontré una novela en una de las cajas dudé. La sostuve entre el dedo pulgar y el dedo índice, asomé la cabeza por encima de mi cubículo. Devolví la novela a la caja. Saqué un memorándum encuadernado en espiral.

Cojo una de las cajas, cojo casi siempre la que más pesa porque me gusta mucho mi trabajo. Llevo la caja a pulso hasta el ascensor. La llevo deprisa pero con cuidado, no choco nunca con nadie. Si hay que dar un paso lateral, se da. No he provocado nunca un accidente. La habitación de las cajas es una madre meciendo a su hijo.

Espero el ascensor pensando "la verdad es que me gustaría bajar solo, me gustaría que nadie bajara conmigo".

He visto libros de autores españoles y libros de autores extranjeros luchar por salir a la superficie. He visto libros gruesos y también libros delgados. Tapas duras y blandas. Ediciones antiguas y ediciones nuevas. Yo lo he visto. Hay fotos de autores con aspecto de llevar muertos más de un siglo, fotos de autores con aspecto de estar ya muertos cuando les hicieron la foto,

fotos que parecen recién hechas. Libros con manchas de aceite o pepitas de tomate, libros a los que les faltan páginas. Libros con notas, a lápiz o a boli, cubriendo los márgenes. También hay libros de relatos en las cajas. Y folios con letras de canciones. Hay antologías de poetas del siglo XX. Hay mucho pelo en la cara en las fotos de los autores rusos.

Cuando vuelvo de comer el señor Vargas está tendido boca arriba en la moqueta del pasillo. Mi hora para comer ha durado hoy cuarenta y seis minutos. Nunca estoy menos de cuarenta minutos fuera porque tengo miedo a que el señor Uriarte diga algo. El señor Vargas tiene los ojos en blanco. Nunca paso fuera la hora entera. Los dedos de su mano izquierda están agarrotados. Un juego de llaves cae de su bolsillo por culpa de las convulsiones.

El señor Vargas trabaja en el departamento de contabilidad. La mano con los dedos agarrotados se mueve descontrolada sobre su barriga. Alguien grita "¡UNA AMBULANCIA, QUE ALGUIEN LLAME A UNA AMBULANCIA!!". El señor Vargas no trabaja en esta planta.

Laura se arrodilla junto a él y le dice o bien que aguante o bien que se aguante. No es fácil de decir. Intenta aflojarle el nudo de la corbata o desabrocharle la camisa pero las convulsiones lo complican todo. El señor Uriarte descuelga el teléfono y marca un número.

–¡Mierda! –dice– no da línea.

El señor Uriarte cuelga el auricular del teléfono y explota la máquina del café. Una breve llamarada asciende por la máquina y desaparece. El café de la máquina es malo. Sale aguado y demasiado caliente.

Un chorro de líquido marrón cae sobre la camisa y la cara del señor Vargas. Laura da un grito y retrocede. Se forma un corro de caras asustadas. La máquina de café indica la selección estándar de azúcar. Me quito y me pongo el abrigo.

El señor Vargas no reacciona ante el chorro de líquido. Un sonido escaso sale de su garganta, un quiero y no puedo. De la máquina de café saltan chispas. Laura se resitúa, para acercarse de nuevo al señor Vargas sin que le alcancen las chispas o el líquido marrón. Entre ella y el señor Uriarte le alejan del chorro de café. Los tics son repeticiones. Alguien dice "la ambulancia está en camino". Laura tiene lágrimas en los ojos, se lleva una mano a la boca para no gritar. La máquina dice "su café, gracias". El señor Vargas se convulsiona. La máquina emite sonidos de robot de película antigua dejando de funcionar. Alguien abraza a una secretaria que ha roto a llorar. Repito la frase "su café, gracias". Cae café sobre las llaves en el suelo. El señor Vargas no trabaja en esta planta. "Salga usted, haga cosas que le distraigan".

Cuando acabo de teclear lo que hay en la caja, subo de nuevo a la cuarta planta, dejo la caja en su sitio y cojo otra. A veces camino por la moqueta como si fuera un astronauta. Lo hago a propósito. Solo un segundo. Me muevo con lentitud, levanto más de lo necesario las piernas. Mi respiración es el susurro metálico de una comunicación por radio desde el espacio exterior.

Saco lo que hay en las cajas en orden y tecleo. No estoy haciendo nada malo. Soy un hombre modesto y tecleo. Mi trabajo no es preguntar. Abro las cajas en mi cubículo tirando con suavidad del precinto. Saco el precinto a la primera. El olor del papel enjaulado.

Tiro el precinto a la papelera. El olor del papel salvaje. No vacío la caja encima de mi escritorio de buenas a primeras. Otros lo hacen pero yo no. *Look at the man in the bleachers's who's pacing the aisles, a neighbothood crazy, he waves his arms and mumbles, short, chunky, Bushyhaired--could be one of the Ritz brothers OR a lost member of the three stooges, the fourth stooge, called Flippo OR Dummy OR Shakey OR Jakey*. Saco las cosas a medida que las tengo que pasar a ordenador. Pongo títulos numerados. Una vez por semana lo guardo todo en el lápiz de memoria. *Qué paz, desde luego, si todo quedase inmóvil, si las aves del aire quedaran suspensas en su vuelo*. No le cabe duda. Un nuevo acceso viene de camino; nada puede hacer para contenerlo. Saborea los últimos instantes de esa calma. Desde el título hasta la última frase. No estoy haciendo nada malo. Soy un hombre modesto y tecleo. Si la novela no se aguanta abierta sobre la mesa uso entonces el pisapapeles. Me siento culpable y me siento bien. No se lo digo a nadie. Hago solo mi trabajo. *Mi soledad y mi cuarto se van poblando de mástiles y planisferios, de planetas sumergidos y resacas, de maderas encalladas. En mi escritorio suceden furiosísimos motines, naufragan los batiscafos, mi cama es una isla que se desplaza.*

Algunas frases tienen música. Mi cubículo se incendia. Puntas de lanza en el corazón. Decir que *si sale amor la primavera avanza*. Decir que *siempre hay un momento en que te derramas de tu límite*. Decir que no estoy haciendo nada malo.

SEGUNDO PREMIO

A deshoras

María Belén Altozano Gosalvez

María Belén Altozano Gosalvez

Nacida en 1973 el Día del Libro en Madrid. Estudia Ciencias de la Información en la Universidad Domingo de Soto de Segovia y Marketing y Management de Artes Escénicas en la City University de Londres. Durante los noventa trabaja en varias discográficas independientes de la capital como promotora de bandas internacionales de rock alternativo. También durante esa época colabora de manera habitual en diversos medios independientes, escribiendo sobre música y tendencias en varias revistas y fanzines y produciendo varios programas de radio. A finales de esa década se traslada a Londres, donde combina su trabajo de funcionaria municipal con un papel activo en la escena *underground* de música electrónica de esa ciudad. Ha viajado extensivamente por Latinoamérica y Asia, donde descubrió el buceo. Durante cinco años trabajó como instructora de buceo y ha ejercido esta profesión en el Caribe, Maldivas, Islas Canarias y el mar de Cortez. En la actualidad vive entre Londres y Madrid trabajando

como profesora de español y traductora por cuenta propia.

Aunque ha colaborado para diversos medios con artículos y entrevistas, su incursión en el mundo de la ficción es reciente. Comenzó a escribir relatos en su tiempo libre mientras trabajaba en Lanzarote en el verano de 2008 y cuenta ya con más de una docena y una novela juvenil. Todos inéditos. Por ahora.

A deshoras

María Belén Altozano Gosalvez

Mateo ha conseguido, en menos de una semana, cerrar todos los acuerdos previstos con la dirección de uno de los hoteles más caros del planeta en condiciones ventajosas para su compañía. El Corman Resort & Spa Playa Limón ha abierto sus puertas hace solo dos meses, pero ya se encuentra en la cabecera de las listas de establecimientos más refinados del mundo. Su agencia es ahora la única en ofrecer este alojamiento en su país, gracias al contrato de exclusividad acordado por ambas partes. La mayoría de la selectiva clientela que lo frecuenta acude a la República Dominicana para disfrutar de sus exóticas terapias, o iniciar un programa de desintoxicación basado en ejercicio, masajes y dieta personalizada. El lugar es un santuario dedicado al cuerpo. El rigor de sus líneas minimalistas y su decoración *feng shui* se complementan perfectamente

con unos cuidados jardines, donde la vegetación tropical compite en espectacularidad con aves de tonos vistosos esmeradas en alisarse el plumaje.

El día de su partida Mateo se levanta pronto y corre cuarenta minutos por Playa Limón, mientras que el amanecer tiñe un agua turquesa de naranjas infinitos y despierta el brillo de la arena blanca que cubre la playa. Realiza su rutina diaria de aparatos en un gimnasio sobre el mar con el suelo transparente, donde se distinguen peces tropicales jugando entre el coral, y nada varios largos en la inmensa piscina infinita que ocupa casi todo un lateral del jardín. Llega a su bungaló todavía mojado, pide una tostada de salmón ahumado con queso fresco, zumo de mango y café americano al mayordomo que le atiende, y se mete en el *jacuzzi* para relajar unos músculos tensos por la actividad física a que los ha sometido. Mateo está orgulloso de su cuerpo. Durante su semana en la isla ha tenido tiempo para broncearse y el *maître*, un mestizo de Barahona que trabajó varios años en París, bromea con él en un par de ocasiones acerca de su parecido con un primo suyo. Lleva casi dos años depilándose el torso con láser, se blanquea los dientes anualmente y no le hace ascos ni a cremas ni a lociones con nombre rimbombante. Después de acicalarse y vestirse con una camisa de lino y unos pantalones de precio exagerado desayuna mientras lee la prensa internacional. Le pide a su sirviente que prepare su equipaje, y solicita una limusina para trasladarse al aeropuerto. Compra un collar de plata y coral para su mujer y una marimba minúscula para sus hijas en la boutique del hotel, reparte propinas entre el personal que le ha atendido durante su estancia como acostumbra a hacer cuando viaja de negocios y se

despide del director, que le acompaña hasta el vestíbulo como si se tratara de un cónsul.

El aeropuerto de Punta Cana queda a sesenta kilómetros, pero se tarda solo media hora. El hotel utiliza una carretera privada de uso exclusivo para hacendados, expatriados de mansión hiperbólica y altos mandos del gobierno. Mateo piensa que esto supone una gran ventaja frente a otros candidatos de cinco y seis estrellas que compiten por el turista de élite; el cliente no tiene que presenciar las miserias sociales presentes en los arcenes de las vías públicas y llega a su destino sin remordimientos ni mal cuerpo. La ruta bordea un paisaje de postal, con playas de palmeras estilizadas a un lado y latifundios de caña de azúcar y ganado al otro. Llama a su mujer y le pide que venga a recogerle al aeropuerto mientras observa satisfecho este espectáculo tras el cristal tintado de su ventanilla. La echa de menos a menudo. Casi todos los meses debe hacer algún viaje de este tipo, y muchas veces se siente solo cuando llega a una habitación llena de lujos pero vacía de cariño. Llevan cinco años casados y todavía sigue enamorado. En sus largas ausencias fantasea con actividades familiares, y el simple hecho de imaginarse con sus niñas, enfrascado en alguna actividad infantil, o sentado en el sofá, mientras comparte risas y arrumacos con su esposa, le ponen melancólico.

Factura su equipaje, pasa por el control de aduanas y espera en la sala VIP, donde utiliza el baño, hasta que anuncian el embarque de su vuelo. Un auxiliar le muestra su sitio en primera clase, deposita todos sus objetos de valor y su portátil en una bolsa de mano, que cierra con un candado de combinación, y se acomoda en su

asiento. Al tocarse la muñeca descubre que ha olvidado su reloj en el lavabo, recuerda que se lo ha quitado para enjabonarse las manos, y se levanta, precipitado, para ir a recuperarlo. En la puerta del avión las azafatas no le quieren dejar salir, pero él insiste en que volverá en un minuto. En su ansia, ni ellas ni la mayoría de pasajeros, que en ese momento entran a la nave y van en dirección contraria a él, evitan que se escape en una carrera desaforada hacia los servicios. Cuando llega su reloj aún permanece donde lo ha dejado. Mientras lo coloca de nuevo en su muñeca escucha como la respiración vuelve a su curso normal, pero también siente como su estómago ruge y sus contenidos se centrifugan. Se desabrocha el cinturón desesperado al mismo tiempo que abre la puerta de uno de los cubículos, se baja el pantalón y se apoya en la taza del váter, justo cuando comienza un concierto aerofágico que precede una explosión de excrementos de naturaleza semilíquida. Tras cinco angustiosos minutos espira con profundidad, aliviado de haber terminado con esta repentina tortura. Se limpia el sudor frío de la frente con abundante agua y se encamina de nuevo hacia su puerta de embarque. La encuentra cerrada, y la sala, antes llena de viajeros tostados por el sol, vacía. Al otro lado de la cristalera divisa como su avión se dirige hacia la pista de despegue y grita, impotente, mientras golpea el cristal.

Acude al mostrador de información, sosegado tras su rabieta inicial, para averiguar cuándo sale el próximo vuelo hacia su destino, pero no encuentra a nadie que le atienda. Tampoco hay personal en el stand de su compañía aérea ni en la oficina de la policía aeroportuaria. En el control de pasaportes le informan de que es el Día de la Independencia, fiesta nacional,

por lo que los servicios públicos y compañías disponen hoy solo del personal mínimo. Sin pasaporte ni móvil ni dinero se descubre así mismo bloqueado e indefenso. Siente la boca seca, sabe que está deshidratado y se acerca a la cafetería del aeropuerto para pedir agua. Le ruega al encargado que le dé una botella a crédito con la promesa de una generosa propina, pero este se niega. Enfadado por lo que considera una falta de humanidad, aprovecha cuando el tipo se da la vuelta para agarrar una, pero un camarero ve como abre la puerta del refrigerador de las bebidas y le increpa a que la suelte. Mateo huye corriendo escaleras abajo, hacia la salida del aeropuerto, y no para hasta que está lejos de la terminal. Medio litro de agua no es suficiente para calmar su sed, y vuelve al aeropuerto con la esperanza de encontrar a alguien más caritativo que los empleados de la cantina. Intenta negociar con un taxista para que le lleve a su hotel, pero cuando ya casi le ha convencido el mánager de la cafetería aparece por la puerta, acompañado de un guardia de seguridad, le señala y grita acusándole de ladrón. Ante la idea de terminar en una celda inmunda inicia un desesperado maratón, y cruza varios campos de cultivos, hasta que llega a una aldea miserable de chabolas de cartón con tejados de zinc. Los niños del poblado dejan de jugar y le miran sorprendidos. Uno de ellos llora asustado por la repentina invasión de ese extraño individuo que jadea en su espacio vital. Una mujer sale de una de las chozas y le pregunta qué es lo que quiere. Él jura no querer hacer daño a nadie, se arrodilla, llora, y pide agua. Le dice que le siga, y él, obediente, la acompaña hasta una bomba de agua. Ella coloca un cubo debajo del grifo, maneja la palanca con un exhaustivo movimiento de brazos y extrae un líquido pardo, introduce un vaso

de plástico descolorido en el recipiente y se lo ofrece rebosante. Todos le miran, él sabe que rechazarlo sería como menos descortés. No ignora que lo pagará caro, sabe que su estómago no está acostumbrado a este nivel de microbios, pero lo acepta con una sonrisa y un sonoro gracias y se lo bebe entero de dos tragos. Le cuenta a la señora lo que le ha pasado y le pide dinero para un taxi o una guagua que le lleve a Playa Limón, a cambio de una recompensa suficiente para alimentar a su familia durante un año. Ella escucha asombrada, pero como la mayoría de los desheredados de este planeta, solo dispone de unos ahorros esmirriados que ha conseguido sudando cada centimito, y no quiere arriesgarlos con un desconocido de historia catastrófica. Le indica cómo ir hacia la carretera que va hacia Playa Limón, le consuela con la promesa de que pasan numerosos carros en esa dirección, y que alguno le llevará cerca o incluso, con un poco de suerte, directo hasta su destino. Mateo apura un segundo vaso de agua, y ataja por un sembrado de frijoles hacia donde le ha indicado.

El sol ya está en lo más alto del cielo y el calor y la humedad son muy intensos. Cada paso es un suplicio, pero no quiere parar hasta llegar a la carretera. En solo diez minutos tiene la camisa empapada de sudor, se la quita y se la coloca en la cabeza, a modo de turbante, para protegerse de unos rayos homicidas. Vuelve a sentir su intestinos regurgitar, se dobla para disminuir su dolor abdominal y aprieta su esfínter, pero un líquido marrón mancha su pantalón. Se lo baja impetuoso y deja que el resto salga con turbulencia, manchándole los bajos con profusión. Se limpia el culo con la camisa e intenta borrar las manchas del pantalón, pero es imposible, se lo sube y abandona su camisa al borde

de un maizal. Es consciente de que apesta y no podrá acercarse a nadie en este estado, pero continúa hasta un asentamiento que aparece en el horizonte con el objetivo de lavarse. Al lado de una barraca divisa ropa tendida, se esconde detrás de la maleza y comprueba que nadie le ha visto. Utiliza las ramas de un matorral para crear un sucedáneo de arbusto, lo coloca delante de él, y se acerca de cuclillas hasta el tenderete. Agarra una camiseta y un pantalón y se esconde detrás de un urape cercano, donde se pone la ropa, aún húmeda pero limpia. Saca el cinturón de su pantalón y lo coloca en su nuevo modelo, unos tejanos raídos de algodón gris dos tallas más grandes que el suyo. La camiseta lleva un logotipo de un equipo de béisbol americano y es de talla infantil, pero tras estirarla consigue metérsela.

Llega a la carretera exhausto, varios coches pasan en dirección hacia Playa Limón, pero todos van llenos de gente. Se sienta a esperar debajo de un baniano, hasta que un sedán para y deja un pasajero en el arcén. Mateo se acerca veloz y le pregunta si va a Playa Limón, el conductor le contesta que va solo hasta Bonao pero que allí puede encontrar a alguien que continúe hasta su destino. Agradecido, se introduce en el vehículo, y estrujado entre la puerta y una negra azulada de proporciones generosas, se siente afortunado de haber encontrado un medio que le acerque a su destino. Su felicidad dura poco, en un pueblo cercano uno de los usuarios desciende y le paga al conductor. Ya no siente ganas de negociar con nadie, y decide esperar hasta el final del trayecto para escapar sin pagar. Al final del trayecto varios pasajeros se han bajado y otros nuevos han subido. Mateo está atrapado entre un mulato que ronca y una octogenaria cuando el conductor extiende

la mano y demanda retribución. La calle está llena de gente y huir parece imposible, le ofrece su reloj como pago, el chófer lo examina y no parece muy contento, dice que compró uno parecido en los chinos hace tres años y no le duró ni un mes. Mateo, ofendido, le dice su precio real, y el hombre contesta riendo que le dijeron lo mismo cuando compró el otro. Al final lo acepta de mala gana, y Mateo sale del coche con el lacrimal húmedo. Se acaba de desprender de lo que considera el regalo más valioso y preciado que le ha hecho su mujer.

El pueblo está engalanado con farolillos y banderitas nacionales, y en parrillas descomunales ensambladas para la ocasión los paisanos asan carne y mazorcas. Mateo siente un hambre atroz cuando el olor de los manjares penetra en su nariz, y recuerda que no ha probado bocado desde las ocho de la mañana. Sabe que en su estado actual no debe comer nada, pero eso no le impide babear cuando pasea entre las barbacoas. Tampoco aguanta su boca de trapo, y la sed le debilita por momentos. Oye las campanas de la iglesia del pueblo que llaman a misa y él también acude, con el anhelo de que algún religioso se apiade de él y le dé algo de beber. El templo rebosa de feligreses vestidos para la ocasión, los recién llegados se acomodan en los pasillos, se santiguan y dedican besos a la estatua de una Virgen situada en un pedestal. El cura comienza el servicio y exhorta a sus fieles a cantar con él. Mateo se apoya en la pared de la entrada de la luminosa edificación, al lado de una pila llena de agua bendita, y él también reza para que termine pronto la ceremonia. Cuando descubre el contenido limpio y cristalino del artilugio litúrgico no puede evitar meter las manos ahuecadas para llenarlas. Bebe con disimulo, asegurándose de no hacer ruido,

mientras vigila que no le vea nadie, hasta que sus manos tocan el fondo del recipiente y ya no puede sacar más. Se lava la cara y el cuello con el resto, mira la cruz del altar, pide perdón por su sacrilegio, y da gracias a Dios por apagar su sed infernal.

En la calle el sol se ha amansado y la brisa que llega del Atlántico comienza a refrescar un ambiente hasta ahora bochornoso. El reloj de la iglesia marca las cuatro. Mateo pregunta a unas adolescentes con peinados tiesos cómo puede ir a Playa Limón, pero le informan que es muy difícil, porque como es festivo ya se ha acabado el transporte público. Ahora que ha saciado su sed no quiere perder más tiempo en esta población, y comienza a andar por la carretera con la esperanza de que algún vehículo rezagado vaya hacia su destino y acortar distancias. El sol desaparece en un horizonte borroso y aún no ha pasado ningún automóvil. La carretera discurre ahora paralela a la costa y desde varias palapas se escucha merengue y *reggaetón*. Termina de anochecer y los mosquitos ya se han calmado, Mateo divisa una discoteca con el rótulo rodeado de bombillas de colores y varias personas en la entrada. Se acerca y distingue un grupo de mujeres occidentales de maquillaje exagerado y prendas ceñidas, que marcan unas formas ya casi indefinidas por la edad o el sobrepeso. Un grupo de jóvenes mulatos las escoltan hasta dentro, y algunos las rodean con sus brazos por la cintura. Mateo se une a ellos, y cierra el grupo como si formara parte de él. Dentro del garito la música es atronadora, varias parejas, formadas por una mitad femenina mucho más mayor y más pálida que la masculina, bailan, más interesadas en unir sus cuerpos que en seguir los ritmos tropicales que escupen

los altavoces. Apoyado en la pared del fondo del local, Mateo presencia el cálido cortejo de los galanes caribeños a las damas de clima frío, que agradecen unas atenciones a las que no están acostumbradas en sus tierras natales.

Ensimismado en su observación, no ha visto acercarse a una mujer teñida de rubio platino y con la cara quemada por el sol. Las patas de gallo delatan una edad ya demasiado abultada para su vestuario, y las comisuras de los labios se enmarcan en unos surcos profundos cuando sonríe. Mateo se da cuenta de que la sonrisa va dedicada a él, y se esfuerza por parecer interesado. Ella le pregunta si quiere beber algo en un inglés americano que lleva acento de estado sureño, él le pide una botella de agua mineral, y pretende sentirse atraído con una cálida sonrisa y un piropo que roza lo grosero. La agarra de la cintura mientras se dirigen a la barra y nota que ella es incapaz de caminar en línea recta. La señora no malgasta el tiempo, y tras una breve conversación de contenido banal, le pide que le acompañe a su hotel. En el taxi le coloca una mano en la bragueta, con la intención de abrírsela, pero él la aparta al tiempo que aduce que el taxista es amigo de su padre y no quiere que piense mal. La mujer entrega una espléndida propina al recepcionista que le da la llave y pide que le lleven champagne a la habitación. Está tan borracha que no encuentra la cerradura y él debe hacerse cargo. La habitación está desordenada con ropa amontonada en la cama y calzado desparejado esparcido por la moqueta. Mateo le dice que se le ha corrido el rímel, y ella, preocupada por su apariencia, acude al baño a retocarse, él se apresura a abrir el bolso que ha dejado sobre el tocador y saca una cartera donde

encuentra varios billetes, que se mete en un bolsillo. En la nevera encuentra dos botellas de agua tan heladas que solo es capaz de beber pequeños sorbos. Ella sale del baño y se sienta en la cama con posición provocadora, él la mira, divertido, mientras bebe, termina su segunda botella, se dirige hacia ella, le coge de las manos y le dice que todo ha sido un error, que tiene familia en casa y debe marcharse. La besa en la frente y le da las gracias por su hospitalidad, ella le aparta alterada y le pide que se vaya. Camina por los pasillos del hotel con paso ganador, pero no puede evitar sentirse cruel y contento a la vez.

En el taxi se relaja, piensa que esta pesadilla está cercana a su fin y hace una lista mental con todo lo que debe hacer para poner su vida en orden otra vez. La entrada del Corman Resort & Spa está controlada por dos vigilantes de uniforme gris. Mateo baja la ventanilla y les informa que es huésped del hotel y amigo del director, los guardias le miran incrédulos y le piden su nombre, él se lo da y les informa que ya no está alojado aquí, pero que necesita hablar con el director, al que conoce y con el que ha hecho negocios. Le recomiendan que vuelva mañana en horas de negocios y él se aguanta la rabia y le pide al taxista que dé media vuelta. Nada más perder el complejo de vista le ordena que pare, le paga y vuelve a pie hacia el hotel, rodea la puerta principal y encuentra una entrada para el servicio, donde un hombre en una garita controla el tráfico de empleados y les hace firmar cuando entran y salen. Mateo busca alguna cara conocida en este ir y venir hasta que distingue al *maître* del restaurante vestido de manera informal. Se acerca, le cuenta lo que le ha pasado y le pide que llame al director del hotel.

Este le reconoce al instante y acude a por su superior. Transcurre un rato hasta que vuelve con él, y cuando Mateo le divisa en la entrada corre hacia él, le abraza aliviado y le pide agua y un doctor.

Se despierta al día siguiente entre sábanas de algodón, han recogido su bolsa de mano y su equipaje del aeropuerto, y después de ducharse se viste con su ropa. Ayer habló con su mujer y le explicó que perdió el vuelo porque su limusina se retrasó por una manifestación. Ella se declaró aliviada de que no le hubiera pasado nada, pero no quiere que vuelva a ningún hotel de esos países subdesarrollados a los que va que no tengan carretera privada, helipuerto o hidroavión. Mateo recuerda la conversación de camino al aeropuerto, y se pregunta dónde podrá comprar un reloj igual al que tuvo que dar.

ACCÉSIT

Cinco vidas

Fernando María Alejandre García-Cerezo

Fernando María Alejandre García-Cerezo

Nacido en Valladolid en 1974, desde hace unos años ha centrado su creación literaria en el relato breve.

Galardonado con el Primer Premio del Concurso de Cuentos "Ayuntamiento de Llodio" 2010 y finalista del Premio Hucha de Oro 2010, sus obras han sido publicadas en diversas colecciones ("Cuentos alígeros", Ed. Hipálage; "Cuentos Cortos", Colección Borumballa 2010; "Antología de relatos inéditos", Ed. Jamais; "Relatos Breves", de la Asociación de Jóvenes Escritores de Murcia, y revistas (*Campus*).

En la actualidad, compagina esta actividad con su trabajo de abogado en Madrid.

Cinco vidas

Fernando María Alejandre García-Cerezo

¿Por qué a Sara? ¿Por qué no me eligen a mí?, se ofusca Teresita mientras permanece sentada en el borde de la cama, como acostumbra a hacer todas las noches antes de acostarse e irse a dormir, hoy tocan sus sábanas preferidas, las de flores y nubes, se las regaló su abuela Trini hace muchísimo tiempo, le parece recordar que fue cuando cumplió cuatro años aunque no se acuerda demasiado bien porque entonces ella era una niña pequeña, ahora ya es mayor y tiene casi seis años cumplidos, las flores son margaritas y están repartidas a lo largo de toda la sábana como figurando que se dispusiera a dormir en mitad del campo, las nubes son nubes normales y están dibujadas como nubes normales, igual que las que se pueden observar en el cielo en un día normal, a Teresita no le gusta nada ir al dentista, le asusta bastante el ruido amenazador que hacen los aparatos tan raros que tiene en su consulta y

reza por las noches para que nunca le pongan aparato en los dientes, como a su primo mayor, que lleva uno desde hace pocos meses y habla de una manera extraña que hace que ella a veces no le entienda, tampoco comprende cómo han podido elegir a Sara para el papel protagonista si ella es la que mejor se sabe las frases, incluso las que dice el narrador, y es además la única de la clase que de mayor quiere ser actriz, a Teresita le gusta sentarse en el borde de la cama a pensar lo que ha sucedido cada día, balanceando las piernas mientras deja volar su mente, justo después de que su padre le haya leído el cuento de todas las noches, aunque últimamente considera que, por mucho que a él le guste, debería dejar de hacerlo porque ella ya es demasiado mayor para eso, sabe que cuando se lo diga su padre se va a poner triste pero Teresita no conoce a ninguna actriz famosa a quien le lean cuentos en la cama antes de acostarse, el vecino de enfrente tiene un gato muy suave que se llama Blanco, el martes se le cayó un diente que ya se le movía desde hacía tiempo y el Ratoncito Pérez le trajo unas pinturas para colorear, odia los gorros que pican y le gustaría crecer rápido para no tener que volver a ponérselos nunca, más pequeña aún que ella es su hermana Victoria, que ni siquiera habla aún ni sabe hacer nada y apenas es capaz de andar unos pasos sin caerse de culo, menos mal que el pañal siempre detiene el golpe, Teresita ya no recuerda cuando ella no sabía hablar, ahora piensa que es la niña más lista de su clase y por eso es la que se merece hacer de princesa en la obra de teatro que están preparando en el colegio para representarla ante los padres al final de curso, la obra saldría mucho mejor si la eligieran a ella porque se sabe todas las frases de memoria y Sara saca peores notas, el regalo de cumpleaños que le hicieron a su compañera

Lucía era más bonito que el suyo pero no se lo dijo para que no se hiciera la presumida, como siempre hace, lo que Lucía no sabe es que sus padres le han prometido que la dejarían patinar en el bloque si se portaba bien durante una semana y no molestaba a Victoria, Teresita hubiera preferido que le compraran la bicicleta de Disney pero patinar le encanta y la bici se la puede pedir a los Reyes y entonces no se la dejará a nadie, a Sara la que menos, a Victoria tampoco porque todavía es muy pequeña y no sabe hacer nada y mucho menos montar en bicicleta, un amigo de la sierra se ha roto un brazo haciendo el bruto en la piscina, en ocasiones Teresita desearía ser todavía un poco pequeña porque su primo mayor le ha dicho que a partir del año que viene le van a poner deberes en el colegio y le asusta un poco, no tanto como ir al dentista pero sí un poco, le entusiasma hacer barquitos con trozos de magdalena en el tazón del desayuno, jugar con la plastilina es muy divertido salvo si se pega al pelo, a su primo mayor cuesta entenderle cuando habla por culpa del aparato que le han puesto en la boca, Teresita es una niña inquieta y con mucha imaginación, piensa que sus sábanas son como un campo lleno de flores, fantasea con ser actriz de mayor y se inventa pequeños diálogos que representa en casa ante el distinguido público que encarnan sus muñecas y peluches, apenas un instante antes de que su padre se acerque a su habitación con el libro en la mano dispuesto a leerle el cuento de todas las noches y disipar la difusa turbación que le produce el ir haciéndose mayor.

¿Y cómo puedo saber que voy a acertar, que no me arrepentiré algún día, dentro de muchos años?, la pregunta golpea tercamente una y otra vez, la incertidumbre merodea sin descanso, el pánico

asoma el hocico a intervalos, lame traicioneramente los pies descalzos de Maite, que pugna por hallar la respuesta en el silencio que envuelve la casa por la noche, la madrugada avanza mientras sus padres duermen, su hermana duerme y ella trata de buscar un sentido a su existencia sentada al borde de la cama, la adolescencia fluyendo por sus arterias, la Universidad aproximándose en el horizonte, un curioso paralelismo entre sus piernas balanceándose en el lateral de la cama y la imagen de su cabeza rebotando una y otra vez contra una pared demasiado dura le arranca una sonrisa amarga, no saber aún qué va a escoger la atormenta, el desamparo que siente le provoca un escalofrío, todas las demás lo tienen ya decidido, incluida Marina, que aparentemente nunca muestra interés por nada, si Cristina no le devuelve la plancha del pelo esta semana tendrá que volver a pedírsela, menos mal que según las radiografías la escoliosis no es grave, sus padres tampoco contribuyen a orientarla porque desde pequeña no han dejado de alabar sus dotes creativas y ahora no quieren ni oír hablar de Bellas Artes, hace años que las sábanas de flores y nubes fueron a parar a la cama de su hermana Victoria, si bien hay momentos en que está tentada de reclamarlas de vuelta como venganza por ponerse siempre de parte de sus padres, es como si Bellas Artes fuera poco para ellos, en mitad de la oscuridad absoluta Maite cae en la cuenta de que aún no ha respondido a Carlota, de hecho ni siquiera se ha atrevido a preguntarlo porque está segura de que no la van a dejar ir a la playa con sus amigas en vacaciones, en la boda de su primo mayor no paró de bailar durante toda la noche, su tío Marcos se mareó con el puro porque hace años que ya no fuma, Carlota asegura que si insiste un poco más acabarán dándole permiso pero

ella no está nada convencida porque sus padres son anticuados y únicamente saben imaginar calamidades y Carlota es la chica más optimista y segura de sí misma que ha conocido nunca, no puede quitarse de la cabeza el suficiente en matemáticas, que ha sido una completa injusticia, a lo mejor lograría que la dejaran ir si pusiera buena cara a la idea de sus padres de mandarla en verano a Irlanda a aprender inglés, aún le molesta un poco la garganta de lo mucho que cantó y gritó en el concierto del pasado viernes, se divirtió como una loca, Maite no ve nada malo en intentar ganarse la vida haciendo lo que a una le gusta, no todos los hijos van a ser siempre arquitectos, médicos o abogados, ella sabe que a Juanma no le importa e incluso la anima diciendo que él admira a las chicas valientes que se atreven a tomar sus propias decisiones, Cristina cree que cualquier día va a pedirle salir pero ella no tiene nada claro si aceptar o no, si al menos fuera un poco más alta o más lanzada, o si tuviera más experiencia, como Inma, a Maite apenas le quedan unas pocas páginas para terminarse el libro que empezó el lunes pasado, a pesar de que lo intentó no pudo evitar ponerse colorada cuando el entrenador de baloncesto la felicitó por haber metido la canasta ganadora en el último partido de la liga interdistritos, con la mirada clavada en los dedos de los pies y las manos escondidas debajo de los blancos muslos pegados entre sí, Maite lucha por aclarar sus pensamientos, también sus propios deseos, no le parece justo que todo el mundo sepa a la perfección lo que va a ser de sus vidas y ella sea la única desgraciada que no tenga ni la más leve noción de lo que debe hacer, el silencioso lamento por su mala fortuna recorre la casa en tinieblas, quizá ni siquiera sea una idea acertada ir a la Universidad porque ella no es una buena estudiante y siempre tiene que recurrir

a Carlota la víspera de los exámenes para que ponga orden en el caos de números, fórmulas y teoremas que se agolpan sin concierto en su cerebro, Inma le dio un día a probar un cigarrillo y casi se asfixia de la tos que le provocó, ella compensa a Carlota invitándola al chalet de sus padres en la sierra, otra estrategia para que la dejen ir a la playa con las demás en vacaciones podría ser no insistir más con la moto, tampoco sería nada grave porque Juanma ya practica con el coche de su madre y da por hecho que el año que viene se sacará el carnet de conducir, si le tocara la lotería lo primero que haría sería conocer Nueva York, los nuevos zapatos de Elo son horrorosos, según Carlota Juanma es un creído que no tiene dos dedos de frente, las reflexiones de Maite son como ella, inconstantes, fugaces, carentes de la serenidad suficiente para asentarse en algún rincón tranquilo de su cabeza y allí anidar sin prisa, siente pasión por las películas francesas y no le gusta nada su nariz, Maite siempre ha escuchado decir que las narices pequeñas son síntoma de carácter retraído y puede que esa sea la razón de que cuando se enfada con sus padres, con su hermana o con el mundo acabe encerrándose en su habitación a leer desaforadamente cuanto libro caiga en sus manos, apartada de todo lo que no sea la trama escondida en las páginas que devora.

¿Sabrán apreciar mis hijos lo que estoy haciendo por ellos? ¿Estaría mal si pensara un poco más en mí misma?, la Sra. Prieto medita sentada en el borde de la cama, los niños por fin se han dormido, el cansancio se le acumula en todos los músculos del cuerpo porque no ha tenido un momento de tranquilidad desde que el despertador sonó demasiado temprano por la mañana, vuelve a repetirse que de esta semana no pasa que

vaya a la peluquería a aplicarse el tinte, ella juraría que estuvo allí hace apenas unos días pero seguro que no es así, es el tiempo, que vuela sin sentirlo, instalada en un estado de felicidad vaporosa, casi lechosa, la Sra. Prieto se siente muy orgullosa de sus hijos, advierte que es una sensación que no tiene nada que ver con la alegría despreocupada y exuberante de la infancia o la adolescencia pero igualmente reconoce que nunca pudo concebir que una tarea tan agotadora pudiera reportar tanta satisfacción, la cama por encima de cuyo costado balancea las piernas en su diaria cavilación es mucho más ancha que antes, como imaginaba, Nueva York es una ciudad espectacular, últimamente se ha aficionado a la cocina de capricho, a preparar pequeñas exquisiteces cuando tiene tiempo, picoteando sin remordimiento mientras organiza los ingredientes, Marcela, su hija pequeña, arrastra un resfriado desde el martes y ha tardado en dormirse más de lo acostumbrado, el nombre se lo pusieron en recuerdo de la abuela que ella no conoció, siente un gran alivio al comprobar que a su padre no le ha quedado ninguna secuela del infarto, la Sra. Prieto se casó el día que cumplió veintiocho años con un hombre que parecía trabajador y serio y ha resultado ser efectivamente muy trabajador y muy divertido y ocurrente, la Sra. Prieto se lamenta con frecuencia de que ser y saberse el pilar que sustenta toda la familia agota y desgasta, es como la roca que se va erosionando a causa de la corriente de un río agitado, y en ocasiones acaba rebelándose en silencio porque a ella nadie le consultó jamás si quería asumir tamaña responsabilidad, le ha sido adjudicada sin derecho a veto, el niño mayor se llama Luis, Luisito en casa, su hermana Victoria también se casó, es cardióloga y las dos se entienden mejor que nunca aunque no se

ven con demasiada asiduidad, a las sábanas de flores y nubes hace siglos que les perdió la pista, algunas noches, en medio de la quietud del dormitorio de matrimonio, la Sra. Prieto se angustia porque no puede llegar a todo, es cierto que los hijos demandan mucha dedicación pero también debería pasar más tiempo con su marido, como cuando eran novios, quizá la pequeña crisis que atravesaron fue culpa de ella, que se centró excesivamente en los niños, también la distraen las preocupaciones del trabajo, se dice por enésima vez que no puede andar por ahí con las raíces del cabello así de blancas ni un día más, tiene razón Cristina, debería reservarse algo de tiempo para sí misma, siempre le ha divertido contar que a Luis lo conoció gracias a un pequeño accidente de tráfico: tuvieron que darse los datos para rellenar los formularios del seguro y, a raíz de ello, él la llamó un día, resultó providencial que nunca llegara a salir con Juanma ni a tener moto, cuando necesita zafarse de las tensiones del instituto a la Sra. Prieto le encanta escaparse un fin de semana al chalet de la sierra con toda la familia, desde que sus padres se jubilaron pasan allí gran parte del tiempo, a Luis, economista de profesión y con un horario de trabajo excesivo, también le viene muy bien llenarse los pulmones de aire puro, debería animarse finalmente y probar eso del yoga, como Inés le insiste siempre que la ve, Luis la persigue con insistencia para que haga limpia con su ropa porque ya no cabe nada más en los armarios, a él no le falta razón y a ella le cuesta comprender cómo hacían cuando de recién casados vivían de alquiler en aquel apartamento tan pequeño, ahora cuando van los dos en coche suele ser ella la que conduce, la luna de miel en Argentina superó todas sus expectativas y resultó inolvidable, ella desearía poder viajar más a menudo

aunque los niños son un condicionamiento notable, la Sra. Prieto se percibe más segura que nunca, constata que por primera vez acierta a discernir lo importante de lo secundario y que se encuentra en el mejor momento de su vida, la aparición de algunos síntomas que recuerdan la proximidad de los cuarenta años son solamente un pequeño peaje que paga gustosa, Carlota en cambio está igual que siempre, cuando Marcela comience a ir al colegio tiene el propósito de retomar la pintura, tantos años abandonada, ahora es ella la que lee cuentos a su hijo antes de irse a la cama aunque prefiere adornarlos e inventárselos sobre la marcha, antes de que nacieran los niños les dio tiempo a viajar a París y a Viena, si hubiera sabido a los diecisiete todo lo que sabe ahora seguramente habría sufrido menos, a cambio no tenía patas de gallo y usaba una talla treinta y seis, según su profesora, Luisito tiene mucha aptitud para la música, no como ella, pocos placeres se asemejan a revisar fotografías antiguas mil veces vistas delante de la chimenea, en Navidad, en el chalet de la sierra, y explicar a sus hijos cómo eran las cosas cuando ella era pequeña, tanto a Luis como a ella la playa les resulta algo agobiante, asegura sin dudarlo que no hay mejor experiencia que la de ser madre pero no rechaza los ofrecimientos de su hermana Victoria de quedarse con los niños para poder irse los dos a cenar y bailar, como cuando estaban solteros, su especialidad culinaria son las tortas de queso con ciruelas, su hermana no deja de advertirle que ha de vigilarse el colesterol, hace meses que no ha vuelto a aparecer la mancha de humedad en el salón, la Sra. Prieto tiene permanentemente presente lo difícil que resulta educar correctamente a los hijos y en ocasiones envidia secretamente a las madres que no trabajan y no tienen que compatibilizar esa ardua

labor con su profesión diaria, en los momentos oscuros ella, que decidió renunciar a la investigación y optar por la enseñanza para poder dedicarse a la familia, duda si alguien le agradecerá algún día tal sacrificio, la Sra. Prieto, dueña plena de una serenidad hasta entonces inédita, de una lucidez que guía todas sus reflexiones al borde de la cama, es consciente por primera vez de que quizá haya vivido ya más años de los que le restan por vivir y de que algunos de sus sueños de niñez se quedarán sin cumplir, y ese pensamiento acerca de la finitud del tiempo y la necesidad de saber elegir fue el primero que le vino a la mente la tarde de primavera en que, descubriéndose sola en el chalet de la sierra de sus padres porque todos habían salido de paseo, sintió el irrefrenable impulso de ponerse a escribir, probablemente la única faceta artística que jamás antes le había dado por intentar.

¿Cómo podría ella haber imaginado que los acontecimientos tomarían ese curso?, a doña María Teresa no deja de asombrarla el imprevisible desenlace de los hechos, el estupor domina sus nocturnas reflexiones, los muchos años vividos no logran aplacar la extrañeza que le provoca descubrir su nombre citado en revistas especializadas y leer sesudos ensayos ensalzando sus poemas, aquellos que lleva escribiendo cerca de veinte años y que ahora empiezan a ser recopilados para publicarlos, desde hace un tiempo le da miedo hacer movimientos bruscos para sentarse en el borde de la cama a causa de la osteoporosis, a resultas de una coincidencia hace poco ha retomado el contacto con María, de la que no sabía nada desde la facultad, en contraposición Luis no muestra ninguna sorpresa porque siempre tuvo clara la maestría de su

arte oculto, y ahora, ya jubilado, disfruta con el éxito de ella, también Marcela desde Canadá la anima a proseguir en la senda, doña María Teresa nunca pudo suponer que a estas alturas del guión, cuando su generación ha de afrontar el desafío de saber encarar el fin de su desempeño profesional, a ella se le iba a abrir un nuevo capítulo, casi otra vida, distinta de la de hija, esposa o madre, con los años se ha vuelto cada vez más friolera y teme permanentemente resfriarse con cualquier corriente de aire, Carlota y Cristina también se muestran exultantes, desde que a Marcela la contrataron en Toronto y se marchó de casa ha retomado el trato con sus amigas de juventud y se reúnen todos los jueves para charlar relajadamente, además ahora lee más que nunca, Luisito abandonó el hogar familiar hace ya muchos años para ingresar en el seminario, Cristina se estremece de risa contándoles las ocurrencias de su nieto menor, la primera vez que leyó su nombre en la portada de un libro doña María Teresa experimentó una sensación extraña, como si la autora de aquellos poemas no fuera ella sino una persona desconocida con la que compartía nombre y apellidos, cuando sus padres murieron su hermana Victoria y ella decidieron vender el chalet de la sierra para no tener que defenderse de los recuerdos que las asaltaban detrás de cada puerta o en el interior de cada armario, admite que ha tenido que aprender de nuevo a convivir con el tiempo libre, a saber paladearlo, a no exigirse una actividad constante para ocuparlo, ser la profesora más antigua del instituto le otorga algunos privilegios que no desdeña, le gusta la prestancia que le da tener que usar gafas para leer de cerca, hace tiempo que su trabajo dejó de motivarla pero igualmente se ha ejercitado en la tarea de no mortificarse por la falta de interés de sus alumnos, doña

María Teresa no se explica de dónde le vino a Marcela el gusto de estudiar Físicas, espera participar algún día del don de ser abuela, Luis y ella procuran ir todas las semanas al cine o al teatro, no importa que la película no sea francesa, ha olvidado que un día soñó con ser ella la protagonista sobre el escenario, María José le ha comentado un remedio infalible para el insomnio que no puede dejar de probar, por las noches no tiene sueño y se queda largo rato sentada en el borde de la cama pensando, hasta lo de Isabel, su compañera de instituto, nunca había considerado la muerte como una amenaza real que pudiera apuntarla a ella algún día con sus negros dedos fatales, Luisito regresa a casa por Navidad y en ocasiones especiales, ha leído en alguna parte que balancear las piernas favorece la circulación, gracias al trabajo de Luis han podido recorrer el país de congreso en congreso y ahora pueden hacer los viajes al extranjero que imaginó desde joven, siente una punzada en el corazón cuando se entera de que Desi se ha separado de Jaime tras treinta años de matrimonio, el sosiego que le ha traído la menopausia ha transformado a doña María Teresa, feliz de gozar de salud y apetitos para disfrutar con su marido de lo que la vida le reserve, consciente de que sus energías no son las que solían pero también de que posee la experiencia para administrarlas más sabiamente, disfrutando en definitiva de su nuevo estatus de notoriedad literaria, por más que le resulta imposible de asumir que nadie pueda estar interesado en escuchar una conferencia suya, y menos aún que ella misma se atreva a pronunciarla en el inglés que aprendió de joven en Irlanda, qué lejana le resulta la imagen de aquella chiquilla ignorante y dubitativa que nunca estaba segura de nada.

¿Hasta cuándo tendré que esperar? ¿Todavía alcanzaré a vivir algún acontecimiento reseñable? ¿Tiene sentido resistir sin más, únicamente por postergar el trámite?, la viuda de Robles intenta de nuevo incorporarse, le supone un esfuerzo agotador avanzar hasta el borde de la cama, a punto de completar la novena decena de su vida la única velocidad creciente que detecta a su alrededor es la del ritmo al que le son concedidos premios y distinciones y reconocimientos de toda índole, por suerte, pensar y meditar sí sigue siendo capaz de hacerlo con meritoria fluidez, trata de no olvidar decirle mañana a Luisito que le saque dinero de la cartilla, algunos galardones son de una relevancia extraordinaria, de repercusión mundial, las piernas ya solo las balancea mentalmente, tampoco demoran su paso los achaques y las enfermedades y las limitaciones físicas derivadas de las anteriores, su marido murió hace varios años, la viuda de Robles se siente especialmente orgullosa de mantener un ánimo jovial en lugar del carácter agrio de la vejez, el año pasado inauguraron una plaza con su nombre en su pueblo, casi se muere de vergüenza, igualmente partieron Carlota y Cristina sin apenas diferencia de tiempo, se acuerda a todas horas de Luis y le agradece de continuo el haberla enseñado a reírse de sí misma y a no dar demasiada importancia a las cosas, le echó especialmente de menos cuando estuvo ingresada a causa de la neumonía, a pesar de los adelantos y de las buenas intenciones de su editor ella sigue escribiendo a mano, como siempre ha hecho, las pastillas del corazón las toma por la mañana, las del estómago a mediodía y las de dormir por la noche, para la viuda de Robles supone una estimulante inyección de vitalidad la visita de sus nietos y bisnietos, nunca se imaginó ella que pudiera llegar a bisabuela, con

la dentadura postiza solo puede masticar alimentos blandos, le traspasa el alma saber que su hermana Victoria, interna en una residencia, tiene demencia senil y no reconoce a nadie, aunque Marcela y Luisito van con frecuencia a casa y están muy pendientes de ella, ha aprendido a entenderse con la soledad, con su discreta y fiel compañía, según su editor corre el rumor de que se plantean hacer una película de su vida, parece que no será francesa, Luis se habría reído y considerado que se trata de una maravillosa excentricidad digna de ser admirada, a la viuda de Robles, por el contrario, la idea le hace recapacitar largamente porque ahora, cerca del fin de sus días, le parece que ha tenido muchas vidas diferentes y que de todas ha aprendido, de Teresita, de Maite, de la Sra. Prieto, de doña María Teresa, en cada una ha padecido y ha tenido alegrías, la viuda de Robles últimamente apenas duerme tres horas diarias, siempre le ha dado pudor leer sus propias obras, se enfurece con rabia cuando no es capaz de recordar algún nombre, conversa con Luis todas las noches al borde de la cama, guarda en el cajón de la mesilla los telegramas de felicitación de las personalidades que admira y se sigue asombrando de cómo ha sucedido todo, la viuda de Robles da las gracias a Dios por haberle permitido ser feliz y acepta de buen grado lo que aún le depare el escaso futuro que le queda, luchando contra su espíritu agotado por conservar el optimismo y el humor porque no aspira ya más que a levantarse mañana de la cama, quizá con un dolor nuevo pero también con una espléndida sonrisa dibujada en la cara.

ACCÉSIT

El Tulpa

Rafael López Álvarez

Rafael López Álvarez

A nivel profesional, me dedico a dar clases de Griego Antiguo en enseñanzas secundarias. Esto me sirvió para montar un grupo de teatro clásico ("Jalepatakalá"). Con él adaptábamos comedias de Aristófanes y Plauto y tragedias de Eurípides, lo que nos reportó varios premios a nivel de la Comunidad Valenciana, que nos permitieron actuar en teatros greco-latinos como Mérida, Itálica (Sevilla), Clunia (Burgos) o Sagunto (Valencia). Adaptar y dirigir las obras me llevó desde 2001 hasta 2008.

A nivel literario, he escrito desde que soy capaz de recordarme, pero no había enviado nada de lo que escribo hasta febrero de este año. Diversas razones me decidieron a presentar algunos relatos a certámenes. En mayo premiaron el cuento "La cancioncita" en Montilla (Córdoba).

Es todo cuanto puedo argüir como currículum hasta hoy.

El Tulpa

Rafael López Álvarez

Nunca llegué a verle por entero, quiero decir de pies a cabeza como puedo verme en el espejo del armario. Veía fragmentos, o sombras, porque siempre parecía estar detrás de algo, y nunca mucho tiempo. Era como sorprenderle al descubierto, aunque tampoco estoy seguro, mejor decir que se dejaba sorprender, y nunca por completo. Lo que no admite matices es el olor que flotaba en el aire cuando estaba cerca, es de los que no se olvidan, maíz crudo, un cuenco lleno de maíz recién desgranado.

Ahora pienso que, para saber de él, ni siquiera hubiera hecho falta verle, ni oler su proximidad, ni tocarlo si es que hubiese podido hacerlo en alguna ocasión. Y estoy seguro de que, de aquel entonces, me ha quedado una profunda aversión a mirarme directamente en los espejos, de entornar los párpados

si lo hago, para no distinguir más que una especie de impresión general, aproximativa.

No recuerdo la primera vez, los niños entran en trance con una simplicidad que luego has de vivir treinta años con los tibetanos para llegar solo al umbral. Pero fue dentro de alguno de aquellos arrebatos.

En la infinitud de cualquier tarde, cuando cerraba la puerta como frontera y solo después sacaba las cajas del armario. Iba situando uno a uno a los indios arrogantes y aulladores, los marines de uniforme a la carrera, el jinete cayendo con los brazos abiertos, con ellos formaba bandos espontáneos que se juraban de inmediato el peor de los destinos; cuántas veces su papel no era morir sino arengar a los supervivientes a seguir en el combate, a ser el último en pie, inútil y orgulloso señor de toda aquella habitación sembrada de cadáveres. Me tumbaba en el suelo para estar a su infinita altura.

En mitad del fragor de tales aventuras fue que descubrí la presencia del Tulpa, sentado sobre sus talones detrás de una silla que, de común acuerdo, representaba la montaña sagrada de cuatro pilares, sobre la cual el Gran Jefe Pluma Rota invocaba a sus dioses antes de saltar al vacío y correr en ayuda de unos pobres sureños hambrientos, la guerra es así de voluble.

Cogió a Pluma Rota con dos deditos y el Gran Jefe descendió a tierra con el brazo tensado por su lanza y el tocado triunfal de plumas ceremoniales. Así apareció el Tulpa en mi vida, haciendo algo muy parecido a eso.

Lo más importante para mí es que ni una sola tarde pretendió alterar el resultado de las escaramuzas, ni puso jamás en duda que algún jinete de los casacas azules pudiera buscar de repente el solitario desfiladero que rondaba la papelera, hecha con un tambor de jabón para la ropa. Sencillamente estaba ahí o tal vez no, llegaba sin hacer ruido, interpretaba en su preciso sentido cada nuevo guión generado a lomos de caballo, fluido como un río cuesta abajo.

Invisible espectador, además, cuando la tarde amortiguaba poco a poco la luz dentro de la habitación. Invisible incluso si algún gigante de zapatos como barcas entraba sin avisar y encendía la lámpara cenital. Porque ni siquiera entonces quedaban aclarados los detalles, la camisa, las facciones, el color del pelo del Tulpa. Cuanto más intensa es la luz, más oscuras resultan las sombras.

Así era hasta que un día, una radiante mañana, en el camino desde el colegio a mi casa, le vi fuera del cuarto de juegos, lejos y ajeno a mis cajas de soldaditos. Su cabeza estaba entre las de una banda de cuatreros que se asomaban a las ventanas y por encima de los tejados, esperando con traidoras intenciones mi regreso a Fort Apache a través de la calle que bordeaba las vías de un tren.

Una situación comprometida si no tenías el valor de hombres curtidos como el mío a los nueve años. No me paré a pensar en el hecho de que el Tulpa, que así era como le llamaba desde la primera vez que lo vi fuera de mi cuarto, se hubiera pasado al enemigo. Disimulé mientras seguía caminando como lo hubiera hecho Pluma Rota, me arrimaba a los arbustos de la vía

buscando protección, y a pleno sol comenzó el tiroteo, fui acabando con todos uno a uno, con tal rapidez que apenas me hizo falta sacar las manos de los bolsillos. Marcaje hombre a hombre, y el que sobre, al ataque. Los cromos lo decían bien claro.

No recuerdo haber apuntado ni una sola vez al Tulpa, de modo que quizá fue el único que se salvó de cuantos habían preparado la celada. Era solo una especie de aviso no tan secreto por su parte, y de ir poniendo las cosas en su sitio por la mía. Cualquiera que estuviera en esa calle hubiera visto a un crío volviendo de la escuela con una mochila desbordada de libros y cuadernos de tapa dura, y unos pantalones demasiado cortos para piernas tan comestibles.

En el ascensor de Fort Apache alguien me preguntó por qué iba así de sudoroso. Nada, le dije, no es nada.

Las palabras que hemos dicho se van revistiendo de ecos con el paso del tiempo, vamos añadiendo sin cesar significados posteriores, pura clarividencia añadida cuando al final juntamos las piezas. Porque la realidad es que sí, había sucedido algo, el Tulpa había salido a la calle, no es extraño si no lo piensas, a nadie le gusta reducir su mundo a cuatro paredes, nada extraño de verdad.

No le disparé desde los arbustos, es cierto, con la certeza de que él sería incapaz de acercarse al héroe que te concede el perdón y dispararle por la espalda, parapetado tras el escudo de los cobardes.

Para esa misión ya tenemos al tiempo, multiplicándose como esporas sobre todo posible reducto de humedad.

Los años se fueron llevando uno a uno las emboscadas, y la ristra de banderolas de Fort Apache, incluso a Pluma Más Rota Que Nunca y a toda su caterva de mendigos ululantes. Pero el tiempo no actúa como una maza, es más parecido a una lima. Cosas no se desvanecieron, las vías del tren, la luz cegadora del mediodía, la presencia del Tulpa en una isla que no figura en las cartas marinas.

Pasaron épocas en las que desaparecía durante meses, incluso llegaba a dudar de su posible retorno, de si realmente había estado desde mis nueve curtidos años. Y un día, de repente, volvía a saber que estaba cerca aunque no pudiera verlo, atento, silencioso como parte inseparable de un guión cuya única copia, repleta para mí de lagunas, le pertenecía en exclusiva.

Durante noches velando un examen de química a la luz de una luna de cadmio, o siendo partícipe de la angustia en que me sumí, haciendo el cristo perfecto, total porque una muchacha del barrio había preferido quedarse en casa antes de responder una carta que ni siquiera había llegado a leer. De forma misteriosa, yo encontraba sobre una pila de folios ese papel con la tabla de elementos que creía perdida, o alguien había entornado la puerta tras de mí, para que nadie contemplara el triste espectáculo de un iluso con la cabeza hundida en la almohada, llorando como el hijo tonto del tenorio.

En esos momentos, no se me pasó por la cabeza mirar detrás de las cortinas, ni llamarle en voz alta, ni por supuesto hablar a quien fuese de él. No me habrían creído ni una sola palabra. Además, quizá nadie habría cerrado entonces la puerta de mi habitación

para esconder mi llanto, y la tabla de elementos habría permanecido en el limbo de los sabios hasta las trompetas del cate final.

Un día cambié los pantalones cortos por insignes vaqueros, la mochila fue perdiendo peso por obra de la especialización, fui sacando cursos y grados como hojas de calendario sin fases lunares, estudié con la creciente sensación de que el conocimiento estaba en otro lado, no en esa hilera que acarreaba cubos de agua para sofocar el incendio de los viejos templos de madera. Como despertar en el vagón de un tren en marcha, una especie de duermevela que va sirviendo de placenta a los cambios de piel, tacita a tacita de láudano para niños que ya distinguen el filo de la guadaña entre las blancas plumas del ángel custodio. O al Tulpa entre tus cosas.

Cuando obtuve mi primer título, tuve la disparatada idea de buscarle una tarde y desplegarlo ante él, solícito y enigmático sherpa de montañas sagradas. Pero no lo hice.

Terminé cambiando también mis gafas por unas lentillas. La voz se estaba mutando en otra voz, y ya no me tiraba en el suelo para jugar, al menos no a solas. Fueron años de tránsito, donde la presencia del Tulpa se limitó, o eso creo, a cierta despegada observancia. En líneas generales hice cuanto se me aconsejó. Ahora, quien usaba barcas como zapatos era yo. En realidad barcas para todo.

Encontraron por mí un trabajo. Un taller de porcelanas al otro lado de la ciudad, es decir, en las antípodas del universo. La parada del tren de vía estrecha cogía cerca de nuestra calle. Este tipo de

factores cuentan cuando has crecido, qué absurda contradicción.

Nunca olvidaré la impresión al montar en el ferrocarril la primera madrugada, camino de la fábrica. Tenía asientos libres de sobra junto a las ventanillas, el falso cuero estaba frío, algunos todavía empañados. Elegí uno cercano antes de que el tren arrancara con una sacudida.

Cuando pasó a unos metros de mi casa, comprendí con un vuelco en el corazón que ya no quedaba ningún arbusto protector en las márgenes de las vías.

El taller resultó estar situado en una placita de las afueras. Las porcelanas debían estar colocadas en la mansión del jefe, lo que es allí solo había un enorme cobertizo con una larga mesa rectangular en medio, barriles de agua bordeándola y un poco más allá una cinta transportadora, parecida a los raíles en miniatura del tren, que se perdía tras un boquete abierto en la pared del fondo.

En la mesa éramos unos doce, otros cuatro como gárgolas asomadas a la cinta de transporte y uno que vigilaba, sentado sobre sus propios pliegues en una silla de cuerda. De mis primeras horas de trabajo saqué dos manos ateridas de amasar una pasta viscosa de caolín, y el aire hierático que se te queda cuando aprendes palabras como alamina o zafre. Al mediodía, todos cogieron termos y bolsas anudadas y fueron hacia la corredera metálica que hacía de entrada y salida de mercancías.

Me estaba lavando en una pila las manos cuando un hombre salió de una caseta sin ventanas y me

entregó el impreso que debía rellenar con mis datos para la empresa, así la llamó, la empresa. Debí poner cara de sureño cuando, al buscar mi cartera con la documentación, comprendí que me había puesto la chaqueta de mi hermano sin darme cuenta. Cogí el impreso con los dedos todavía blancos de caolín, palpé la tela de la chaqueta por hacer algo.

Y entonces la nave comenzó a oler como un tupido campo de maíz, y al instante, en el bolsillo interior, estaba mi cartera recién estrenada, donde la llevan los hombres que trabajan en fábricas para poder pagarse algún día el boleto.

Miré con disimulo a mi alrededor, incluso el solar al que daba la parte de atrás del taller. Pero no pude verle, nunca dejaba que le diera la luz directa del sol más de unos segundos. El campo de mazorcas, al final de la jornada, acabó cubierto con una pátina blancuzca.

No tuve que esperar mucho de regreso a la estación término, al parecer los polígonos son las zonas mejor comunicadas de la ciudad. En el estribo de los escalones noté que me dolían los brazos, y que la piel de mis manos se había arrugado como la corteza de un melón.

El tren de la noche iba repleto de formas humanas que escupían los hangares, estaba tan cansado que no podía sino repasar por inercia lo que había aprendido durante mi primer día, la cantidad precisa de agua en la masa blanca, la nariz córnea del capataz, la imagen idílica de un obrero más viejo que los demás, sentado en un torno de alfarero destinado a moldear piezas especiales de encargo.

Cierta exhalación me trajo de vuelta al vagón recalentado. El olor del maíz crudo se hizo nuevamente inconfundible. En el reflejo de un cristal empañado creí ver por fin al Tulpa, de pie entre las dos filas de asientos, una forma más y casi borrada en el vaho grasiento de la ventanilla. Parecía cabizbajo, solapado al resto de pasajeros, más expuesto a los vaivenes de los raíles y, sin embargo, inmóvil, no supe si solidario o rencoroso.

En una curva acentuada me tuve que agarrar con las dos manos a la tira de cuero para no caer a los pies de los caballos. Cuando quise incorporarme otra vez, él había desaparecido, el tren aceleraba en la recta, olía de nuevo a embrutecimiento.

Apenas pude probar bocado de la cena que habían dispuesto para el héroe de la familia a su regreso del mundo de los adultos. Como un muerto me dirigí a la cama, cambié la chaqueta con mi hermano, me tumbé con los ojos abiertos. Estoy seguro de que, cuando desperté al amanecer del día siguiente, había envejecido veinte años o más.

Con el estómago contraído y un buen par de guantes de lana crucé deprisa la calle vacía en dirección al andén. La fría atmósfera de cobalto me trajo a la memoria algo que había soñado, pero se esfumó casi al instante, cuando aparecieron las luces frontales del tren.

Dos pequeños pájaros salieron volando de una higuera que crecía junto a la marquesina de hormigón de la parada.

Última estación, polígono sur. En el descansillo vi los cordones sueltos de una de mis botas, me arrodillé

para anudarlos y dejar libre la puerta. Alguien dijo gracias, creyendo que le había cedido el paso.

Dos zapatitos de los que emergían unos tobillos delgados como los de una marioneta afrontaron los escalones como valientes paracaidistas. Terminé de hacer el lazo en los cordones y bajé también.

Delante de mí la propietaria de los pequeños zapatos resultó llevar un abrigo un poco desvaído que le quedaba grande por los hombros, y una bufanda de lana con la que cubría su cabeza del relente de la mañana. La seguí sin comprender que la estaba siguiendo.

Lo asombroso es que los dos íbamos al mismo taller de porcelanas. El viejo alfarero y algunos operarios, con el delantal ya puesto, abrían sacos y bidones alrededor de la mesa de trabajo. Ella pasó por delante y cruzó la nave como un dibujo inacabado. Desapareció por una puerta del fondo en la que no había reparado el día anterior. Trabaja en esmaltes, es nueva, me dijo el viejo del torno sin que yo hubiera preguntado nada. Le miré de reojo, su sonrisa burlona me hizo enrojecer como un astronauta con guantes de lana.

Pasé mi segundo día de trabajo pendiente de aquella puerta del fondo. No volvió a abrirse. La expresión divertida del alfarero fue lo último que vi cuando estaban a punto de apagar las luces de la nave y comprendí que estaba tardando demasiado en ajustarme el abrigo y llegar a la estación con tiempo de coger el tren nocturno. Tampoco estaba allí, debía haber salido antes, y por otra puerta.

Los brazos me dolían menos que el primer día. Estaba lo bastante despierto para hacer un hueco con

los guantes en el vaho de la ventanilla y ver las luces somnolientas de la ciudad mientras volvía a casa.

Volvió a mi recuerdo cuando estaba tirado en la cama y ya el cansancio me hacía delirar, la adelanté cientos de veces con el fin de ver su cara antes de hundirme en el sueño de los justos, con músicas depositaba mis cordones en el altar mayor de una catedral de caolín.

De pronto escuché una especie de fricción detrás de las cortinas de la ventana. Lo último que pensé consciente fue que nunca hasta entonces se había escondido el Tulpa, que una cosa es habitar las sombras y otra muy distinta esconderse detrás de unas cortinas.

Por supuesto, ella no subió al mismo vagón que yo a la mañana siguiente. Nadie entró ni salió por la puerta del fondo de la nave. En el descanso del mediodía estaba lo bastante nervioso como para acercarme al viejo alfarero después de contar hasta tres.

Tabanque, me dijo con suave ironía, se llama tabanque, y señaló la rueda horizontal del torno al ver que me inclinaba para examinar los ingeniosos mecanismos que lo movían. Qué se hace en esmaltes, señor, pregunté en cuclillas, mirando las poleas del eje. Tardó unos segundos en responder. Estropear el barro, sentenció, eso hacen. Ah, declaré sin interés. Y perjudica a las personas, añadió sacando de su bolsa una tartera de latón. Vaya, le dije. Es tóxico, concluyó el viejo. Me dejó el delantal en las manos y se alejó con la tartera hacia la explanada de gravilla. Es tóxico, me dije sin saber qué hacer con el delantal.

El jueves, cuarto día ya de un aprendiz artesano, desperté con un plan sencillo y eficaz. Por lo menos

concebido así desde la cama, antes de que sonara el despertador.

Cuando llegó el tren a mi parada, elegí el vagón de cola y me senté en el último banco. Cuánto había echado de menos sin saberlo a Pluma Rota. El tren galopó como jamelgo a través del bosque petrificado. Después de la penúltima estación, avancé por el estrecho pasillo, decidido a recorrer sin mi lanza de hueso todos los furgones.

Ella estaba en uno de los delanteros, con la cabeza girada hacia la ciudad, la misma bufanda recogiéndole el pelo, los mismos hombros caídos del abrigo. El vagón cogió la misma curva acusada de siempre, y me cogió tan desprevenido que no tuve tiempo ni de arreglarme el cuello de la chaqueta antes de salir despedido a mi derecha y caer en mitad del pasillo como un saco. Pluma Rota se había ido a cazar bisontes con alguien menos patético.

Ella se asomó por encima del respaldo, había más curiosidad que alarma en su gesto. Y entonces la oí reír, y tuve la sensación de que alguien tiraba confeti y migas de pan encima de un payaso tropezón. El tren se detuvo, habíamos llegado a la fábrica y pude incorporarme con un último resto de dignidad.

Caminamos juntos hacia la nave, no la adelanté para ver sus rasgos, las catedrales están equivocadas, fui a su lado y desde ahí pude observarla mucho mejor, los ojos grises y apagados, frágil y delgaducha plantándole cara a la humedad de la madrugada, una boca demasiado grande para no tener apenas mofletes. Me asombró cómo su sonrisa se bastaba para iluminar una expresión demacrada como la suya.

No me fue otorgado despedirme, el capataz permanecía en jarras mirándonos, con el talante del tío del medio de Los Chichos. Detrás, cerca del torno, el alfarero levantó su mano embarrada como saludo. Cogí un puñado de caolín.

Se llaman empresarios porque empresionan, dijo uno de los doce amasadores, no presté demasiada atención. Mientras mezclaba el agua con el caolín no dejaba de preguntarme qué clase de vida tóxica llevaría ella para estar así de pálida, tan falta de brillo en la piel. Alguien debía sacarla de aquella sección, pensé indignado hasta que advertí que estaba apretando demasiado la pella sobre mi porción de mesa.

Almorcé junto al alfarero, sobre una roca cercana al taburete que solía plantar en la gravilla. Justo al otro lado de donde el Tulpa se asomó, parapetado en una pila de tablas. Tuve la sensación de que no me miraba a mí, que tenía la vista clavada en el viejo, una silueta nebulosa que, al sentirse descubierta, se ocultó por segunda vez desde que tengo conciencia de él. Cerré los ojos para ver mejor su mirada huraña, torva. Los abrí enseguida, pero ya no pude borrarlo.

No habíamos despegado los labios durante el almuerzo, pero a mitad el viejo señaló discretamente un corredizo en el otro extremo de la explanada, Sección Esmaltes, dijo en voz baja.

Llegué hasta la puerta de malla que impedía el paso a través de ese corredizo, pero de lejos pude verla en una campa con mesas plegables, comiendo una manzana a solas. Le hice señas desde la cancela, ella se acercó muy seria, y yo, después de un largo silencio, le

prometí matar a los villanos y ella rió como en el tren y volvió a su sección sin decirme su nombre.

El tiempo del almuerzo se había acabado y regresé con rapidez hacia la nave. La cinta transportadora no se había puesto aún en marcha, solo dos o tres operarios estaban junto a la mesa. La mayoría permanecían en el patio de gravilla, formando un respetuoso cerco. Sobre las piedrecitas grises yacía el cuerpo inerte del viejo, sus facciones contraídas en un gesto atroz. El taburete estaba volcado junto a sus rodillas, sobre la pequeña tapa de latón.

Un vértigo insoportable me golpeó la cabeza. Cómo había sido tan ciego y estúpido. Cómo ni siquiera había barajado esa posibilidad. Sentí, como una quemadura fulminante, que debía alejarme de allí si quería que mi amada, sí, mi amada angelical, estuviera a salvo.

A salvo de quién, me iba preguntando mientras salía a toda prisa por la puerta corredera y tiraba el delantal en el suelo. Recordé con espanto su mirada torva; en cuatro días mi sombra, protectora durante la infancia, había dado paso a un enjambre rabioso de langostas. Qué sordos podemos llegar a ser.

El Tulpa había hablado por fin, y su lacónica expresión justificaba por sí misma todas aquellas apariciones durante toda mi vida, y me hacía saberme acorralado hasta sentir escalofríos, culpable de haber interpretado su presencia desde una cómoda vanidad de ilusos, no haber visto hasta ahora el cerco de un animal peligroso mientras me había tratado con sutiles y certeras cortesías. Las imágenes de mi pasado giraban en la memoria como un torbellino de partículas.

Me detuve para recobrar el aliento en los primeros arrabales de la ciudad. En la acera opuesta había una tienda de recambios, con un enorme escaparate de exposición. Vi reflejado en él a un aprendiz sudoroso, jadeante, y a su lado, pero solo en el reflejo, alguien más, ligeramente desenfocado, en quien creí distinguir una horrible mueca de burla.

Dos mujeres enfilaron la acera del escaparate. Estás empapado, hijo, abrígate bien, me dijo una de ellas cruzando ante el cristal. Nada, pensé, no es nada. Pero en realidad sí que era algo.

Estuve deambulando por la ciudad hasta que se hizo de noche.

Me sentí desfallecer varias veces al recordar la expresión del Tulpa en la luna del almacén, su palpable silencio. Presentía cobardemente que no tendría fuerzas para evitar que se apoderase de mí si esa era su ambición o su castigo o su despecho. Estuve aprendiendo que la línea que separa al héroe del rastrero es muy delgada, puro engaño de los sentidos.

Tiritando de frío, encontré las vías del tren y decidí seguirlas hasta encontrar mi casa. Tenía el impreciso plan de recoger algo de ropa y comida, y huir lo más lejos que me fuera posible. Cuando llegué al andén de mi calle, vi la ventana de mi cuarto iluminada. Nadie entraba nunca en esa habitación sin mi permiso. Ahora este permiso había quedado derogado por una forma oscura y volátil recortada en la ventana. Fui incapaz de subir a mi casa de siempre.

La casa del Tulpa.

Detrás de mí, algo produjo un chasquido blando.

Era ella. No me explicaba cómo había llegado hasta allí, cómo parecía conocer una historia en la que yo seguía aún siendo un niño. Estaba comiendo una mazorca de maíz recién tostada. Se rió y me ofreció un bocado.

Como no hice el menor gesto de cogerla, dio media vuelta y, sin dejar de reír con risa de dulces trenes, la arrojó a una papelera.

Alguien abrió el portal de la casa y gritó mi nombre varias veces. Yo caminé hacia ella como los buzos al resplandor de la superficie, y me quedé abrazado, llorando como una enredadera que sigue las hileras de burbujitas.

ACCÉSIT

La correa

Yodenis Guirola Valdés

Yodenis Guirola Valdés

Yodenis Guirola Valdés, Santa Clara, Cuba (1978). Profesor e investigador. Se ha dedicado a la docencia y a la investigación, aunque compulsiva y meticulosamente siempre ha hecho literatura y ha mantenido su obra concienzudamente inédita, coexistiendo con el *alter ego* de sus escritos. Ha impartido docencia en la Universitat Pompeu Fabra y en la Universidad de Barcelona, donde obtuvo su diploma de Estudios Avanzados en Filosofía y donde actualmente completa su tesis doctoral. Es miembro del Seminario de Filosofía Política de la Universidad de Barcelona y del Seminari de Filosofia Llatinoamericana de la Societat Catalana de Filosofia. Durante varios años fue profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Central de Las Villas en Cuba, donde se licenció en Psicología y donde además realizó estudios en Derecho y se especializó en Teoría Sociopolítica. Ha sido profesor en Escuelas de Formación de Trabajadores Sociales cubanos y venezolanos; y ha impartido conferencias como profesor invitado en la Universidad Nacional de

Lanús, en la Universidad Nacional del Sur en Bahía Blanca, Argentina, y en Saint Louis University Campus Madrid. Ha sido Visiting Scholar y realizado estancias en Stony Brook University, en City University of New York y en la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires. Ha participado además en congresos y seminarios internacionales en Alemania, Turquía, Estados Unidos, Argentina, España y Cuba. En el año 2010 obtuvo el Premio de Ensayo Filosófico Arnau Vilanova del Col·legi Oficial de Doctors i Llicenciats en Filosofia i Lletres i Ciències de Catalunya.

La correa

Yodenis Guirola Valdés

El juez se equivocó. Nadie quiere entenderlo, pero el juez se equivocó. Yo no estaba en la casa cuando mataron a Harold y llegué cuando ya el lío estaba andando. Dice Mabel que cuando ella llegó el pobre animal ya estaba ahorcado en el reposo de la escalera. Digo yo que a lo mejor se enredó y cuando cayó por los escalones se le trabó el cinturón, como a veces esas cosas pasan. Y entre vuelta y vuelta estuvo guindando hasta que le quedó la lengua afuera.

Pero yo no tuve nada que ver con aquello. El juez se empecinó en que sí; que yo había ahorcado al animal y que no era la primera vez que hacía una cosa así. Pero hay que entender que los jueces también se equivocan, y que si él no estaba allí no puede saber que el perro resbaló y quedó colgando como un guindajo. Yo no tuve nada que ver con eso; pero el hombre se empecinó

en que sí, y hasta pareciera que haya sido yo quien hizo que el animal resbalara.

Tampoco tuve por qué decirle a Mabel que en la última semana alguien se la había pasado impertinentemente dando toques en la puerta. La primera vez que pasó me pareció un poco extraño aquello. Mabel acababa de llegar y sentí la aldaba repicar dos veces en seco. Algo había en aquel toque que filtraba las hendiduras de la puerta, como si me estuviesen dando un cocotazo en señal de la desgracia, como diciendo: "vine hasta aquí, sé que están en la casa". Bajé y no había nadie, solo aquel sobre sellado apenas distinguible bajo la comisura de la puerta.

De haber sido solo aquel cocotazo no hubiese habido lío después; pero al otro día volvieron a tocar más o menos a la misma hora. Bajé y no había nadie.

Tampoco había nada. Era extraño. Pero no le puse mucha atención a aquello; a fin de cuentas pudo haber sido alguien que se equivocó, y eso mismo fue lo que me dijo Mabel. Tampoco ella se preocupó mucho cuando le comenté. Así que la tercera vez que lo hicieron me puse en sobre aviso y no le dije nada a Mabel. Siempre bajé y nunca alcancé a ver quién era. Hasta me quedé alguna vez esperando detrás de la puerta para cuando tocaran sorprender al muy cabrón que lo hacía; pero quien era tal pareciese que supiera de mi vigilia y no tocaba sino hasta que ya me había despegado unos pocos metros de la entrada. Eso fue al principio. En los días que siguieron, el muy impertinente tocaba cuando le venía en gana, estuviese yo al tanto o no, siempre hábil para no dar la cara cuando intempestivamente yo abría la puerta.

Desde el principio Mabel me dijo que no era nada aquello; pero sé que lo hacía para evitar mis problemas con Harold. Se lo había dicho más de una vez: en lugar de Harold pasarse el día entero holgazaneando, podría estar más al tanto de la puerta y así pudiera avisarnos si sentía algo raro en la entrada del pasillo.

Pero estos perros de apartamento lo que hacen es vivir la vida mejor que uno mismo y acomodarse a ser el marido lindo de la casa.

Por eso me cansé de cada mañana tener que bajar las escaleras para sacar a rondar a Harold hasta que su vejiga le diese por levantar la pata y hacer sus cosas, como si Mabel no pudiera porque ella se encargaría de bañarlo y perfumarlo como si quisiera ir con él a una fiesta. Bañarlo y perfumarlo.

Acariciar a Harold, jugar con Harold, tocar a Harold. La comida para Harold, el jabón de Harold. La vajilla de Harold, la ropa de Harold... ¡Harold!

Los toques fueron haciéndose cada vez más frecuentes. Sabía que quien fuese tenía esa habilidad de tocar e irse rápido antes de que pudiera yo abrir y ver quién era. Así que al final ya ni bajaba aun cuando aquellos cabrones toques hayan venido a ser como plomo caliente corriendo por los oídos adentro sin importar que me taponease las orejas. Quien era sabía cómo hacer para que la aldaba diera aquellos latigazos impertinentes a cualquier hora.

Siempre supe que Mabel y Harold sabrían algo; porque no era normal que siempre bajase yo y ellos hiciesen como si nada. Aquella última semana el de

los toques había ido insistiendo e insistiendo y no sé cómo se las arreglaba para estar jodiendo también por la noche. Aquello empezó a preocuparme.

El primer día que bajé encontré aquella notificación extraña en sobre sellado de la Empresa:

Por medio de la presente queda usted convocado para el próximo viernes 15 a las 09:30 en la oficina de Personal. Atte. Dpto. RH. R&B.

Era extraño, sí, pero al menos había la nota; que otras veces, cuando bajé después que tocaron, no había nada en la puerta.

Mis relaciones con Harold nunca fueron buenas. Desde que me fui a vivir con Mabel siempre noté una erótica extraña que empezó a quitarme el sueño el día en que a Harold se le ocurrió entrar al cuarto y saltar juguetón sobre la cama en la que estábamos Mabel y yo. Por eso no dudé en decirle al juez que mi relación con Harold se había limitado a sacarlo por las mañanas y nada más que eso; pero yo no tuve nada que ver con que el animal infortunadamente haya resbalado por la escalera.

–Ciudadano Samuel de la Barca! ¡Póngase de pie! ¡Usted es acusado de un delito de homicidio! –Vaya jerigonza la que arma el juez cuando me interpela de este modo.

Nunca he entendido muy bien estos protocolos de la ley. Hasta confundo la silla del fiscal con la de los otros encasquetados de negro, se me cruza el tino cuando habla uno o el otro y no me entero si es el que me defiende o el que me acusa.

Aquel día había ido yo a recoger el resumen del mes a la oficina del taller después de una semana y pico comiéndome las uñas en el apartamento, esperando la dichosa confirmación y teniendo que aguantar al grandísimo de Harold sin hacer nada el día entero. Algo raro estaba pasando en la Empresa cuando mandaron a la mayoría de franco para la casa hasta nuevo aviso. Pero no le dije nada a Mabel; de saber ella que estaría con Harold todo el día, sería capaz de obligarme a que lo sacase a pasear; y ya bastante tenía yo con la rutina de las mañanas.

–De oficio. Te vamos a poner uno de oficio –me dijo el guardia cuando me trancaron en la oficina y me acribillaron a preguntas el día que Harold cayó en desgracia, como si tuviese algo que ver yo con aquello.

Se lo dije a Javier, a lo mejor es que van a cambiarme de puesto. Son seis años metiendo rollos de papel y mordiendo el rodillo con las grapas y revisando las correas; haciendo el trabajo de la hormiga para evitar las manchas de tinta y los saltos de calibración de la máquina: engrasar los bujes, cambiar el rodillo, sacar el cono vacío, meter el rollo nuevo, chequear la impresión, meter el rodillo, ajustar la polea… meter el rollo, estirar el papel, morder el rodillo… Seis años. ¡Seis años, Javier! Así que ya es hora que llegue la mejoría. Estos cabrones no han cambiado la técnica porque no han querido, así que alguna cosa buena debe ser, Javier. ¡Alguna cosa buena!

Con Mabel mi relación empezó a ponerse mala cuando le dije que tendríamos que salir de Harold, que aquello no daba más y que algo tendría que hacer con el animal; pues ganando lo que yo ganaba no daba para

comprar comida para los tres, rendir lo que me tocaba de las cuentas y encima hacer la doble concesión de pagarle el veterinario cada vez que a ella se le antojaba atender a su "niñito lindo" y comprar las vitaminas que cualquier perro zangandungo como Harold ha de tomar de vez en cuando. Y lo entiendo. Hasta le hubiera perdonado tener que seguir sacándolo por las mañanas; pero me dejaba sin aire que a Harold no le importara meterse de cuando en cuando en el cuarto y ponerse juguetón con Mabel como si yo no existiese. O peor aún, que ni él ni Mabel hiciesen nada cada vez que el de los toques aparecía y en lo que yo bajaba y abría se iba sin dar la cara, sin dejar ninguna nota ni aviso ni nada, solo aquel vacío insoportable después de los aldabonazos que hacía claro que alguien había estado rondando en la puerta.

–No te preocupes, Samuel. Dentro de seis meses te llamamos –me dijo el de Recursos Humanos de la Empresa mientras cerraba mi expediente y engavetaba en la infinidad de otros papeles lo que había sido mi historial de seis años como técnico de impresiones.

De no ser porque lo dijo mirando a la gaveta y no a mí, le hubiera creído. Pero a la verdad que después del sermón y el pecho hundido de Regino, pocas dudas me quedaron de que al mentado sexto mes me llamasen. Tragué en seco e hice como el sinfín de la tipográfica cuando se le traba el papel y patina en falso. A fin de cuentas a quien tenía delante no era otra cosa que al aguantapatas de Personal, que lo más probable también quedaría cesante después que hiciera la misma promesa al resto de los maquetadores de Royal& Brothers.

–La Empresa se muda, Samuel –sí me dijo Alberto cuando nos encontramos en el pasillo donde antes hacíamos el café y ahora buscábamos curas de confesorio en lugar del respiro apurado entre jornada y jornada–. Se llevan el taller para el Este, allá les sale más barato hacer los carteles –sentenció conciso.

Bueno si, y a mí qué me importa que les salga más barato a estos vividores hacer los carteles en casa de las quimbambas, en algún arrabal innombrable de un país más pobre que este. Si es que me había quedado guindando de la brocha y del pago del último medio mes; como si los cuatro kilos ya escasos para comida, juntados con los de Mabel, dieran para resolver el tema del alquiler y pagar además lo que Harold engullía como un salvaje sin importarle que estuviese en números rojos.

Mabel no lo pensó dos veces cuando se apareció con otra correa para Harold.

Se lo dije: ya estaba bien con la que tenía; pero se le metió en la cabeza y se apareció con ella. Así que seguí usando la de siempre para las mañanas y aquella quedó rondando por algún rincón de la casa del que nunca me enteré sino hasta unos días después que el de Personal me despachara.

–¿Dónde buscaste la correa? ¡Sí! ¿La correa…? –pregunta la justicia y se hace impertinente cuando va a estas exquisiteces de interrogatorio y desde el primer momento se encabresta en el mismo tema.

Dígame usted. Qué tiene que ver el traspié de Harold con la correa nueva. Las correas de perro las

hay dondequiera, cualquier perro tiene una, más si hay que sacarlo por las mañanas. No entiendo entonces por qué el oficial se pasó la dichosa hora de la entrevista dándole vueltas a lo mismo. Le he dicho mil veces que siempre uso la misma correa, que ni sé dónde estaba la otra que Mabel trajo. Es verdad que Harold me daba urticarias en la paciencia; pero yo nunca dejaría guindando al pobre animal.

Sé que no me creyeron; pues de haberme creído ahora el juez no me estaría haciendo la misma pregunta delante de media Empresa y media brigada de trabajo sentada en los estrados. Mira que convertir un juicio en un resumen de mis desacuerdos con Mabel por la correa nueva que trajo para Harold. Eso lo hace el juez porque quiere meterme en la pata de los caballos y agarrarme de atrás para alante.

–¡Ciudadano Samuel de la Barca! ¿Usted volvió a su taller una semana después de su entrevista con Regino Olivera? –me dice el juez casi que asegurándolo.

Sí, en efecto, había vuelto al taller después de una semana, cuando ya no daba más en la casa teniendo que aguantar a Harold y, encima, al indeseable que se pasaba el día entero jodiendo sin dar la cara con los toques de la aldaba. Pero sé que el juez se equivoca. Era muy raro que todo aquello pasara justo durante la semana que siguió a la escueta nota que Recursos Humanos dejara aquella fatídica primera vez por debajo de la puerta.

Es verdad que volví al taller, sí, pero no tengo nada que ver con la historia que el juez está montando para hacer notar que yo usé, según dice, la correa cual patíbulum mortis que le apretó la papada a Harold.

Hasta me entero con el juez de que la correa había ido a parar a la oficina de Morgan. Pero eso es más extraño todavía. Es verdad que volví al taller, pero solo eso. Y es que estos jueces inventan sus historias. Sí que le había dicho que agarré el primer maletín que vi en la casa cuando salí a recoger la bobería que me quedaba en el taller; pero no vi ninguna correa cuando salí. Desde que Mabel la trajo no la había vuelto a ver, mucho menos si se había convertido en el arma del homicidium como decentemente el juez le llamaba a todo aquello.

–¡Ciudadano Samuel de la Barca! ¿Usted llevó premeditadamente la correa al taller donde se encontraría con Morgan? ¡Responda sí o no! –Me deja pocas opciones el de la toga y se dirige a mí como si fuese yo el único en aquel recinto lleno de gente pendiente de mí.

Mira que se ponen impertinentes los jueces cuando se trata de completar sus historias. No podría decirle que sí, porque ni me pasó por la cabeza la correa cuando salí de la casa; pero tampoco me atrevería a decirle que no, porque a fin de cuentas pareciera que el juez hubiese estado allí mirándolo todo. Ya sé que toda esta historia la está montando con lo que imagina que pasó en la escalera y con esa habilidad de los jueces de enlazar los cabos sueltos.

Allí estaba yo, de vuelta al taller, recogiendo mis trapitos para meterlos en el maletín, mirando los conos que me habían consumido los dedos en estos últimos seis años haciendo el trabajo de la hormiga. Y aparece Morgan. La última vez que lo había visto había sido cuando bajó al taller faltando unos días para terminar una de esas entregas que de última hora siempre nos

ponían a correr. Y aquí volvía. Tronando desde que entró por la boca del sótano.

–¿Usted qué hace aquí? –irrumpió Morgan como parido por el mismísimo traqueteo que hacen los bujes cuando se carean de tanto trajine con los rodillos–. ¡Ya debería de haber recogido lo suyo y esperar a que le llamemos! ¿O es que Olivera no le explicó en Personal? –me dijo.

–Disculpe, director, pero me hizo falta venir a recoger lo que me quedaba… –intenté decirle; pero apenas me dejó terminar el muy cabrón y subió el tono como si estuviese el mismísimo taller encendido.

–¡Le he dicho que si Olivera no le explicó…! ¡Al final no agradecen nada! ¡Le damos trabajo y encima ponen esa cara! De no ser por nosotros… ¿O es que no leyó el aviso que le enviamos a su casa? –me espetó casi en pleno rostro.

Entonces lo entendí todo. Morgan estaba detrás de toda aquella patraña de los aldabonazos a toda hora. Primero me mandó por medio de Recursos Humanos aquella extraña nota que dejaron, sin dar la cara, por debajo de la puerta.

Después estuvo mandando a sus aguantapatas a que me hicieran la vida imposible y me estuvieran controlando como si estuviese yo en el taller. Por eso se había aparecido en el momento en que estaba recogiendo mis cosas.

Sabía mis pasos. Me había estado vigilando toda la semana y ahora se aparecía a descargar sus pulgas conmigo.

Sé que desde aquella ocasión en su oficina me fichó de mala manera. La única vez que intenté pedirle alguna mejora, se descompuso y empezó a tocar como un loco en la madera del buró, haciendo un sonido sordo como el que hacía la aldaba cada vez que mandó a tocarla. Por eso no dudé que detrás de aquellos aldabonazos en la puerta estaba Morgan, que sabía incomodar la paciencia y anunciar la desgracia. Como cuando me botó de su oficina sin mediar palabra, con aquel estruendo de mano gorda sobre el tablado de la mesa. Un estruendo espeluznante al tiempo que me espetaba con el repicar de su barbilla, en un gesto de desprecio, la dirección del pasillo rumbo al taller donde habría de sumergirme sin demoras para completar mi jornal. Solo atiné a decirle entonces, entre dientes, que bien valdría que supiera lo que era ajustar las correas de la máquina y corroerse los dedos de tanto traqueteo… Pero no me escuchó, ni pude terminar de decirle a lo que venía, ni todas las cosas que bien valdría que supiera; y salí disparado al enjambre de rodillos y al sinfín de horas haciendo el trabajo de la hormiga. Bien decía Javier que cada jefe tiene un perro manganzón dentro; pero nunca lo había sabido como hasta ahora.

Lo entendí entonces todo cuando vi a Morgan descender por la boca de la escalera con aquel estruendo insoportable de jefe descompensado. Le hubiese perdonado que me hubiera hecho el resumen de la Empresa o el decálogo de cómo echar a un don nadie del taller que me había comido los dedos y la vista por seis años. Incluso le hubiese perdonado que me gritara con esa arrogancia típica de los jefes cuando mudan la empresa y prometen llamar al técnico de impresiones seis meses después de haberle despachado tras una

extraña nota bajo la puerta. Pero hubo algo en su papada que me hizo recordar a Harold.

Harold que tenía una papada que no soporto; le bamboleaba como le bamboleó a Morgan cuando empezó a ladrarme. Harold encarnado en Morgan, que me ladraba en el taller, metido en la papada de Morgan.

No sé qué pasó. Digo que el juez se equivoca. Nadie me cree. Solo recuerdo sentir un calor muy fuerte en las manos y ver a Morgan tambaleando en la escalera aguantándose la papada. Después me fui a la casa y ya el lío estaba andando. Se lo dije a Morgan, más vale que sepas zafar la correa.

PREMIO AL MEJOR RELATO MONEGRINO

La factura

Joan Ruscalleda Massó

Joan Ruscalleda Massó

Joan Ruscalleda Massó, cincuenta y un años (16-1-1959). Profesor de Formación Profesional (sin ejercer). Industrial de carpintería. Colaborador habitual en prensa local y comarcal. En 2010, premio Benjumea de Relato Breve, segundo premio de relatos Puigmarí, finalista y accésit en varios certámenes, destacando el Premio José Luis Gallego de Relato Corto, y el Premio Port d'Aiguadolç (con obra editada). Pendiente de publicación los relatos del premio F.A.R.E. y un ensayo sobre la inmigración en la comarca del Maresme (Barcelona).

La factura

Joan Ruscalleda Massó

Sariñena (Huesca), a mediados de octubre de 1969

***

El otoño aún no había cuajado por aquellos pagos, incluso parecía que el frío que siempre se apoderaba de los Monegros, acortando el verano, venía este año con retraso. Don Julio, hombre precavido donde los hubiera, se abrochó el anorak hasta el alzacuello nada más salir al exterior. Por un momento, y cuando el primer soplo de brisa matinal le acarició el rostro, pensó en retroceder y agenciarse la bufanda, pero el tiempo apremiaba y no era cuestión de demorarse en la cita concertada con el obispo. No pocas llamadas tuvo que gastar para poder ser recibido. Para una vez que conseguía audiencia, pensó, sería el colmo llegar con retraso. A la par, y por esas carreteras a medio hacer, el trayecto desde su

parroquia hasta Huesca se le hacía –cada vez que debía ir a la capital–, más pesado y angosto.

Subió raudo al taxi, que ya llevaba un par de minutos esperándole en la esquina. El conductor, conocedor de los gustos de aquel anciano cura, y al ver la premura y velocidad con las que se aproximaba, entreabrió la puerta trasera, para facilitarle el acceso al interior del vehículo. También la calefacción del auto llevaba varios minutos en marcha. Pequeñas ventajas de ser cliente de toda la vida.

Ni tan siquiera tras cerrar la puerta tuvo que indicarle adónde iban, pues el día anterior el viejo párroco, que aún gustaba de sotana y besamanos de beatas, ya le había llamado –por dos veces– para recordarle la hora y la puntualidad que requería la circunstancia. Al poco de arrancar, don Julio tuvo tiempo de saludar tras los cristales a dos feligresas que, sonrientes, cruzaban entre los soportales camino del mercado.

Cuando llegó, con veinte minutos de adelanto, a la puerta del obispado, le pidió a Tomás, el taxista, que esperara. Cosa de una hora le argumentó. Sin embargo, la reunión con su superior fue breve, brevísima. Según el obispo, que no tardó ni diez minutos en despachar al siervo, no había fondos para restaurar la campana de su iglesia. Así de llano era el argumento esgrimido desde las altas instancias para eludir el costear la reparación del campanario. La excusa, por venir de quien venía, le pareció poco convincente a aquel párroco que llevaba toda la vida luciendo hábitos en la iglesia San Salvador que –pese haber sido remozada tras el expolio de aquella guerra cainita– aún arrastraba el arreglo de la mayor de las tres campanas que atalayaban el campanario.

Lo que más le dolió al anciano, tras escuchar los argumentos esgrimidos por el obispo, fue que en el edificio donde se desarrolló la entrevista –a la par sede de la diócesis– todos los cuadros, retablos y esculturas gozaban de unos cuidados y una conservación impecables. Incluso se percató que la calefacción ya estaba puesta, sin que la temperatura exigiera tal prontitud. Él, en la parroquia, para no gastar más de lo imprescindible, ni tan siquiera la había conectado.

El lustre y la patina de todos los ornamentos de aquel palacete daban una impronta al entorno que aún lo hacían más señorial. Más motivo para que don Julio se sintiera ninguneado porque "su" campana no gozaba del mismo trato, y la justificación dada –la de que no había fondos para tal dispendio– parecía banal y de torpe excusa.

Cuando regresó al taxi, Tomás ya percibió por la cara de su cliente que no estaba para cháchara. En todo el viaje de regreso, algo más cuarenta kilómetros, ni le dirigió la palabra.

***

La campana, pese a estar literalmente en desuso, era un referente entre los habitantes del pueblo y, por extensión, de todos los pequeños núcleos que configuraban aquel rincón monegrino. Quizá por su antigüedad, o tal vez por el sorprendente cincelado que gozaba, era objeto de postales, visitas de escolares y de no pocos souvenirs que reproducían tan insigne parroquia.

Labrada en cobre, llevaba unas inscripciones en latín que cubrían buena parte del exterior del metal, dándole

una sensación barroca que la hacía única en su clase. En la parte inferior estaba ribeteada en todo su diámetro con unas salomónicas frases escritas en castellano de la época, y un buen tramo lucía unas frases en alfabeto arábigo. No pocos estudiosos se desplazaban a aquella pequeña villa para descubrir, y analizar, los caracteres cincelados en aquella joya, que hacían mención a un pacto entre cristianos e infieles, impreso y sellado en la corteza de la campana. Aún, decían algunos, podía leerse la firma del rey Pedro I, que reconquistó aquellas tierras a los sarracenos. Incluso alguien mentaba que una de las inscripciones de la campana llevaba el nombre del mismísimo Abderramán, pues también aquella tierra fue conquistada por la morería y, antes de ser iglesia, aquel recinto había sido mezquita. Bien por un motivo, bien por otros argumentos, la mayor de las tres campanas de San Salvador era lugar de culto, aunque a día de hoy necesitara de una restauración que empezaba a ser urgente.

Cuando el párroco regresó a sus dominios se enclaustró dentro de la iglesia. Debía encontrar una salida a aquel "impasse". Dejar que la campana siguiera deteriorándose era una barbaridad, pero los presupuestos que manejaba de dos firmas especializadas en ese tipo de restauraciones eran imposibles de afrontar. Más de cuatrocientas mil pesetas pedía la primera, y algo menos de medio millón la segunda. Lo de una colecta entre feligreses lo desestimó, pues daba por hecho que sus parroquianos no llegarían ni a una décima parte del monto de la operación. La alternativa de una subvención vía ayuntamiento era inviable. Las relaciones con el alcalde no pasaban por el mejor momento. Aún coleaba el tema de la remodelación de la plaza de la Iglesia,

que fue adecentada sin contar con la santa opinión del viejo sacerdote. Además, y debido a tales obras, las arcas municipales no podían sufragar un nuevo envite por parte del clero.

Las opciones para restaurar tan particular joya iban menguando en la cabeza de don Julio, y solo de pensar que el último cartucho era recurrir a "él", le soliviantaba.

Aquella noche, contrariado, apenas pudo dormir.

***

Benito Carvajal era ateo, bueno, en realidad ni iba a misa, ni tenía fe, ni creía en nada divino, y tampoco es que nada de eso le preocupara. Hombre pragmático donde los hubiera, vivía la vida de una manera algo bohemia. Soltero y cincuentón, era aficionado a la bebida –a veces en exceso–, y en alguna ocasión había sido visto entrando en su casa con alguna mujer, forastera, que se suponía de poca virtud. Las beatas, ante la vida licenciosa de aquel vecino, se escandalizaban y se santiguaban al saber de las excentricidades de aquel herrero que seguía trabajando en el taller que ya fue de su padre.

Hombre libertino, gustaba de pocos adoctrinamientos y esquinaba obligaciones que, por vivir en pueblo, le hacía estar en boca de muchos, aunque él se mofaba de las pacatas costumbres que atribuía a siglos pasados.

Vecino como era de don Julio, pues las casas de ambos distaban apenas cincuenta metros, era fácil el cruzarse por la calle. Al cura, conocedor de los mil y un defectos de aquella oveja descarriada, le incomodaba

la forma de ser y de vivir de aquel hombre que nunca pisaba la iglesia y, en no pocas ocasiones, hasta hacía burla sobre temas religiosos y sobre la fe de los creyentes.

Sin embargo, las manos de aquel pecador, de aquel artista, eran las de un ángel. Artesano del metal, dominaba como nadie los secretos del forjado y todo lo que estuviera construido en hierro. Minucioso y detallista en su trabajo, cincelaba y bruñía todo tipo de latones y aceros nobles con una maestría asombrosa. Conocía, por experiencia, todos los detalles en esas disciplinas y había realizado no pocos encargos que eran auténticas filigranas. Su arte, porque aquello era arte en esencia pura, hasta había llegado a Zaragoza: el año anterior, un alto cargo en el gobierno civil, le encargó un panel repujado en cinc para la señorial entrada de la finca que se estaba construyendo a las afueras de Tardienta.

Pero aquel anciano cura, solo de pensar que la única solución para restaurar la campana, la grande, eran las manos de aquel hereje –con quien apenas se hablaba–, se le revolvía el estómago. Sin embargo, la realidad se imponía al deseo y, a regañadientes, aquella noche de finales de octubre el sacerdote se armó de valor y se presentó frente a la puerta de aquel hijo rebelde.

Antes de tocar el timbre tragó saliva y, en un acto reflejo, se santiguó.

–Hombre, don Julio –se sorprendió su vecino–, usted por aquí. No me diga que ha venido a por vino de misa, porque ya sabe que no pienso darle ni medio vaso.

–Cállate, blasfemo –le soltó el párroco–. Bien sabes que, si pudiera, evitaría el pasar por el dintel de tu casa y daría un rodeo por Leciñena o Bujaraloz si fuera menester, pero necesito hablar contigo. Y no me tengas en la puerta que, a mi edad, un catarro dura tres semanas.

El herrero, desconcertado, hizo el gesto de invitarlo a entrar, lo que el anciano aceptó antes incluso de que el otro terminara el ademán. Parecía que al cura le incomodaba que desde la calle le vieran hablando con aquel proscrito. Sin demora, como si quisiera pasar pronto por aquel mal rato, le soltó:

–Benito, iré al grano, y no me interrumpas mientras te hablo. Si no lo hilvano de carrerilla temo no poder decírtelo.

Al religioso se le notaba excesivamente incómodo. Sabía de la agilidad verbal de su interlocutor y de su fina ironía, y era consciente de que –por una vez– no le servía el púlpito ni la sotana para amonestar a su rebaño. Ahora era él, y era más que cierto, el que estaba en desventaja.

Aquella situación le sobrepasaba, pero, tras respirar hondo, se armó de valor y le espetó:

–Benito, la campana grande de la iglesia está deteriorada. Necesita una urgente restauración. Dentro de apenas dos meses se celebra la misa del gallo de Nochebuena. Bien sabes de la tradición del largo repique que se realiza para llamar a los sariñenenses y, por extensión, a todos los pueblos vecinos. Es la única vez que se utiliza el sonido real del campanario, pues desde tiempos inmemoriales así se ha hecho. Sin

embargo, este año no sé si va a poder realizarse. Todo el metal está excesivamente oxidado y mermado. Ya el año anterior oí algún comentario sobre la pobre acústica que se escuchó. Algún feligrés me comentó que no parecía la misma campana de siempre, pues el sonido que desprendía era tosco y sonaba fatal. Hasta el badajo está estropeado y las cadenas de sujeción chirrían unas y están roídas las otras. Temo no poder anunciar la misa como se sigue haciendo desde hace siglos. Y no quiero ser yo el que rompa la ancestral tradición.

El párroco, tras soltar toda la verborrea de un tirón, quedó descansado. Hasta pareció necesitar más aire de la cuenta, pues el corazón y los nervios le estaban jugando una mala pasada.

El herrero no tardó mucho en ver la situación. El cura estaba desesperado y el único que podía subsanar aquella incipiente tragedia era él. Justamente "él", el último al que hubiera querido recurrir el siervo de los pobres. Irónico, le contestó:

–"Páter", ¿y los de birrete y panza lozana..., no aflojan? ¿Y toda esa retahíla de viejas beatas... doña Ascensión, doña Sagrario..., tampoco?

Una cierta sorna se destilaba entre las palabras de aquel hombre que veía como, a cada segundo que pasaba, la impotencia del sacerdote aumentaba al mismo ritmo que su satisfacción. El cura, al escuchar el nombre de aquellas feligresas de familias con dineros, interrumpió al artista con un gesto entre airado y acusativo.

–No te rías, descarriado. Te estoy pidiendo ayuda. Bien sabes que si hubiera otra opción, jamás acudiría

a ti. Pero ni mis fieles ni el obispado pueden costear el medio millón de pesetas que piden a la parroquia.

–¿Y el Vaticano? –ironizó el otro–, ¿tampoco tiene pasta?

–Cállate, carcamal –respondió el de la sotana, mientras se santiguaba por la blasfemia escupida–. Solo te pido que vengas mañana y me digas si puedes hacerlo. Necesito saber si puedes restaurarla, y un presupuesto de lo que costaría el adecentarla. Doy por hecho que tus honorarios no serán tan exagerados como los presupuestos de esas dos empresas de la capital.

–Mañana a las doce estoy allí, "ilustrísima" –se regocijó el cincelador–. ¿Por cierto, he de venir con corbata?

–Hereje, irías al infierno aunque vivieras mil vidas. Te espero a mediodía.

El cura, contrariado y balbuceando frases intraducibles, marchó de la casa de Benito sin abrocharse el abrigo. Hasta tuvo que agilizar el brazo, pues la bufanda amenazaba con cobrar vida propia, al compás de esa ventolera monegrina que iba en aumento.

Otra vez, aquella noche, el cura mal durmió.

El herrero, adrede, llegó con diez minutos de retraso sobre la hora acordada. Sabía que, con ello, hacía padecer al párroco y esa sensación le era impagable. Este, al verlo llegar, y desde el otro extremo de la plaza que delimitaba la iglesia, no pudo evitar respirar hondo, presa como estaba de la ansiedad y la duda de que el artesano se presentara. Con una sonrisa forzada, el cura

le invitó a subir hasta la torreta del campanario. El ateo, seguro de tener las riendas de la situación, no paraba, mientras subían, de hacer comentarios sobre la iglesia, con doble lenguaje sobre el "aforo del local" o de si había "reservado derecho de admisión" dentro de aquellos gruesos muros. El sacerdote, estoico, aguantaba las ironías y despropósitos del artista, consciente como era que de él dependía que las próximas navidades fueran tranquilas, o por el contrario se rompiera el tradicional repique de la misa del gallo. Solo con pensar que se podía cortar aquella tradición, don Julio era presa de unos sofocos que le amenazaban su precaria salud, ya que aquella situación le sobrepasaba.

Cuando el artista vio la campana, enmudeció.

De cerca, impresionaba aún más por su majestuosidad. Ni se imaginaba que fuera tan magna, ni tan labrada. No había ni un palmo de su superficie que no estuviera entallada con adornos florales. Los escritos en castellano antiguo, latín y hasta los párrafos en lengua árabe, gozaban de unas filigranas en la escritura que hacían de aquella pieza un objeto irrepetible. Benito no pudo evitar un ¡¡Hostia!!, cuando descubrió aquella maravilla. No sabía de la existencia de aquel tesoro. No dudó en acercarse y pasar su mano sobre la superficie del metal. Era bellísima.

Acarició de arriba abajo la parte convexa, como quien acaricia el lomo de un pura sangre. Se entretuvo en la zona perimetral de la parte inferior, observando los adornos que, a modo de ribete, circunvalaban el diámetro exterior. Sus ojos no daban abasto.

Acunando y acariciando aquella mole, se quedó varios minutos absorto, sin reparar en la pregunta del

párroco, que le inquiría la viabilidad de la restauración. Al cabo de un rato, el artesano atendió al cura que, impaciente, ya gastaba unos nervios que se le apreciaban por doquier. Lentamente, como ordenando costes y dineros en su cabeza, aseveró la voz y le respondió:

–Julio –le tuteó el hereje–, mañana te daré la lista de material que se necesita. No valdrá más de dos mil duros. Yo, por mi trabajo, te cobraré entre cien y ciento cincuenta mil pesetas. No acepto regateos, pues bien sabes que con el de la cruz, aunque nos respetamos, no nos hablamos. Comprende que me es difícil decir con exactitud el precio final, pero rondará por la cantidad que te he dicho.

El cura, que pronto entendió que con menos de doscientas mil "pelas" tenía la campana como nueva, no pudo evitar el esbozar una ancha sonrisa.

–Dime que para Nochebuena estará lista.

–Tranquilo "monseñor", te doy mi palabra. Soy un tío cumplidor, no como la mayoría de los parroquianos tuyos, que delante te mentan una cosa y por detrás te clavan la puñalada. Yo soy hombre de ley.

El cura, que había cogido la palabra de aquel profano como quien se agarra a un clavo ardiendo, volvió a envalentonarse y recuperar la eterna enemistad que se profesaban mutuamente. Enervado, y con el dedo índice a modo inquisitorio, le soltó:

–Necio, no pongas en tu boca a mis feligreses. Algo tendrías que aprender de ellos, como por ejemplo ir de vez en cuando a confesar tus pecados.

–¡¡Huy, páter!! –terció sonriendo el aludido–. Yo no me mezclo con según qué sujetos, bien lo sabes. Prefiero otro tipo de compañías. Y por lo de confesarme, mejor lo dejamos: a tu edad, es preferible que no sepas de algunos de mis pecados.

Con una sonora carcajada, bajó las escaleras hasta la puerta de la iglesia, y se despidió del párroco, no sin antes preguntarle jocosamente si debajo de la sotana llevaba pantalones de tergal o eran de pana rala.

***

La restauración fue lenta y farragosa. Hubo que tapar con plásticos los arcos del campanario pues el frío, a aquella altura y en aquellas fechas, incomodaba el trabajo. Benito y su aprendiz –un zagal de Sena– se aposentaron allá arriba con un sinfín de cinceles, lijas, gubias y herramientas varias.

La torre quedó acotada por aquel hereje que ironizaba por estar trabajando donde él estaba, y encima en la parte más alta, como si de una victoria se tratara. Hubo que soldar varias partes de la campana, excesivamente estropeadas. Otras tuvieron que limpiarse con ácidos y otras soluciones para quitar la gruesa capa de óxido que hacía de costra. El trabajo, de una exquisitez mayúscula, era exclusivamente apto para manos expertas.

Don Julio subía a diario para ver los pormenores de la restauración, pero casi siempre marchaba malhumorado ante los comentarios burlones y soeces del artesano. No pocas veces se le escuchaba despotricar en latín, para no ser entendido, mientras descendía por las escaleras contrariado por los modos y las formas del herrero. Desde arriba se escuchaba la risa, ancha, grotesca,

de aquel hereje que, desde su torreón particular, podía mofarse y jactarse de estar suelto en "territorio enemigo".

Los días se iban consumiendo, y la proximidad de las fiestas navideñas se dejaba notar, tanto por el clima como por la predisposición de las gentes, más amables y más condescendientes en esa época del calendario. A falta de diez noches para la esperada misa, el párroco era un manojo de nervios. Subía hasta tres veces cada jornada para ver la marcha de la restauración. Benito, que se regocijaba de la testuz del cura por finiquitar la campana, no escatimaba tiempo ni recursos para cumplir la palabra dada. Alguna noche –y más de un vecino se lo comentó al sacerdote–, había luz hasta la una de la madrugada en lo alto del campanario. Ni el frío imperante de los inviernos monegrinos pudo con la tenacidad de aquel ateo que se estaba ganando, a pulso, una misa en la ermita de Santiago.

Tres días antes, y para satisfacción de propios y extraños, la remodelación de la obra estaba consumada. Cuando el siervo de Dios accedió a ver el resultado final, no pudo menos que congratularse de lo que las manos de aquel artista habían logrado. La campana parecía nueva. Aquello solo podían haberlo hecho los ángeles.

Cuando Benito terminó el trabajo, y tras quitar los plásticos que le protegían del aire imperante a aquella altura, se quedó no poco rato mirando por los agujeros que formaban los arcos del campanario. Todos los puntos cardinales quedaban al descubierto desde aquella privilegiada atalaya. Se percibían no pocos horizontes y una ancha perspectiva de aquella tierra, a

veces tan mal tratada, a veces tan ignorada. De buen seguro que el tañido de la campana había de escucharse en el más recóndito rincón de aquellos lugares, que se perdían tras las áridas zonas y los clareados bosques.

Miró con admiración, y también con algo de pena, el trabajo realizado. Con luz natural, aún relucía más.

Los días que faltaban para el tradicional repique fueron un continuo subir y bajar de gentes que querían observar la restauración de aquella joya y apreciar el impecable trabajo que había hecho el artesano. Hasta el alcalde, que tenía cierta rivalidad con don Julio, se dejó caer para admirar aquella maravilla.

***

La misa del gallo fue apoteósica. El sonoro llamamiento de la campana duró, con el plácet del satisfecho cura, más de quince minutos. Parecía que no encontraba este el momento de finar el aviso. Tres monaguillos, vestidos para la ocasión, y nietos de una pudiente beata, fueron los responsables –a uno cada campana– para turnarse durante el cuarto de hora del repique y no perder la cadencia. Todo el lugar quedó impregnado de aquel sonido que, para no pocos devotos, parecía bajado del cielo.

Benito, como siempre, omitió su presencia en tal memorable velada. Al salir del oficio, el cura se llevó todos los parabienes, felicitaciones y enhorabuenas. La campana gozaba, durante unos años, de una salud recuperada.

Al día siguiente, como otras muchas mañanas, se encontraron los dos vecinos en plena calle. Fue don

Julio el que se acercó al bohemio artista para expresarle la enhorabuena, por lo logrado del trabajo y para felicitarle en día tan señalado. Era Navidad. También le solicitó la minuta. El otro, con un gesto entre pícaro y burlón, le indicó que por la noche se la traería a su domicilio.

No más tarde de las ocho, se presentó el herrero en casa de aquel. Al verlo, el anciano se sorprendió de que, en fecha tan señalada, le trajera el importe de sus honorarios. Abrió el sobre que le entregó el artesano, mientras este volvía a enfundarse los guantes.

En la factura se leía:

Por lijar y limpiar la campana ... TRES PADRENUESTROS
Por esmerilar párrafos en latín ... UN AVEMARÍA
Por bruñir párrafos en castellano …. UN RESPONSO
Por definir las flores y molduras ... UNA MISA DE DIFUNTOS Por cincelar las frases "en moro" ... UN FUNERAL CANTADO

***

TOTAL … UN DÍA EN EL CIELO

El sacerdote, asombrado, no entendía el desglose de aquella nota.

Al no ver cantidad alguna, inquirió al descarriado vecino con un gesto que evidenciaba su desconcierto. Benito, haciendo caso omiso al ademán del cura, se levantó la solapa del abrigo y encaró calle abajo. No había caminado ni cuatro pasos cuando se giró hacia el párroco, que permanecía desubicado con la factura en la mano, sin saber cómo reaccionar, y le voceó:

–“Páter”, siempre dices que iré al infierno, pero con tanta absolución que me debes, al menos tengo ganado un día en el cielo… Pero después, devuélveme con Pedro Botero, que allí tengo a casi todos mis conocidos, porque cada uno tenemos nuestro cielo en lugar diferente, y yo no me veo al lado de tus beatas, ni con los de barriga y fajín. Pero, por curiosidad, déjame entrar, aunque solo sea por un día, en tu paraíso.

Una estridente risa, como sorprendiéndose de su propia ocurrencia, despidió la charla con el atónito anciano. A modo de epitafio aún tuvo tiempo de exclamarle:

–¡¡Ahhhh, y Feliz Navidad, “excelentísima”!!

Una carcajada, sana, sonora, limpia, salió del interior de quien gastaba tan particular locura (o cordura), convirtiendo su aliento en un efímero humo al contacto con la temperatura del momento, y llenando con sus espontáneas risas las calles y callejas de aquella esteparia tierra, a veces tan desagradecida, a veces tan ignorada.

(Nota al margen: Todos los nombres, personas y personajes aquí descritos son totalmente ficticios y apócrifos, y cualquier similitud con habitantes de Sariñena en los años en que transcurre tal relato, son totalmente fruto de la casualidad).

ACCÉSIT AL MEJOR RELATO MONEGRINO

¿Vas a dejar que suceda?

Maite Núñez Luque

Maite Núñez Luque

Nacida en Barcelona en 1966, es licenciada en Historia Moderna y Contemporánea, diplomada en Estudios Superiores Especializados en Periodismo y diplomada especialista en Gestión de la Información y de la Documentación.

Por otro lado, sus inquietudes literarias y por el mundo de la comunicación le han llevado a realizar varios cursos en el ámbito de la edición, de las tecnologías de la comunicación y de la creación literaria.

Ha colaborado en diversas revistas literarias como crítica literaria, reseñista y articulista, y ha trabajado en la redacción de textos de todo tipo, desde artículos de enciclopedia (entradas de Historia, de Geografía) hasta artículos de divulgación para revistas femeninas... Ha publicado cuentos en diversas revistas y libros recopilatorios. Entre los premios literarios recibidos destacan:

1.er Premio del V Concurso "Tanatocuentos", Empresa Madrileña de Servicios Funerarios y revista *Adiós*, 2005.

Finalista del X Concurso de Relatos Cortos "Juan Martín Sauras", Ayuntamiento de Andorra, Teruel, 2005.

Finalista del IV Certamen de Relatos para ser leídos en tres minutos "Luis del Val", Ayuntamiento de Sallent de Gállego, 2007.

1.er Premio de la XXXI edición del Certamen Internacional de Narrativa "Tomás Fermín de Arteta", Fundación Bilaketa de Aoiz, 2007.

Finalista del XXI Certamen Literario de Relato Corto "Joaquín Lobato", Ayuntamiento de Vélez-Málaga, 2008.

Finalista del XI Certamen de Relatos Cortos "Tierra de Monegros", Consejo Comarcal de los Monegros, 2009.

Finalista del XII Certamen de Relatos Cortos "Tierra de Monegros", Consejo Comarcal de los Monegros, 2010.

1.er Premio del VIII Certamen de Relatos para ser leídos en tres minutos "Luis del Val", Ayuntamiento de Sallent de Gállego, 2011.

Finalista de la LXII Edición Concurso Literario "La Felguera", Sociedad de Festejos San Pedro de La Felguera-Ayuntamiento de Langreo, 2011.

¿Vas a dejar que suceda?

Maite Núñez Luque

–Ten cuidado con la vía, no te vayas a caer. Ya verás, hija, cuando conozcas a Lali te va a encantar, es muy simpática, le gustan mucho los niños, sobre todo las niñas guapas de siete años como tú –le dice el padre.

De ser algo mayor, Clara notaría que en la sonrisa de su padre titila alguna sombra, como si los labios la esbozaran con temor y precisaran de alfileres para fijarla en el rostro.

Padre e hija llevan un rato esperando en el andén de la estación de Sariñena. El hombre, de pie, como un insecto palo, recuesta en una farola la derrota de su espalda; su hija Clara, la pequeña de la casa, retrocede un par de pasos y se aleja de la vía, luego salta y serpentea alrededor de su padre simulando una danza que tiene algo de rito tribal.

Simón, el padre de Clara, solo ha notado a la niña igual de angustiada en una ocasión. Fue cuando el otoño anterior se estaba instalando y la primera hoja caída del castaño en el patio de la casa familiar prologó, como un mal presagio, el inicio del nuevo curso. Eso un padre lo nota, le decía Simón a su mujer, conozco a Clara, cuando un hijo está intranquilo un padre lo ve. Entonces fue cierto. Entonces. Miles de termitas pellizcaban el estómago de Clara, le subían por el esófago y le colonizaban la boca, como un grupo de pioneros que ocupa un territorio extraño, por habitar; le parecía que la lengua había adquirido una consistencia gelatinosa, la notaba gigantesca, como una ballena, y le impedía que las palabras brotasen con normalidad, con la locuacidad desinhibida de una niña de esa edad.

Clara distrae su desazón siguiendo con la vista un globo rojo que asciende despacio, probablemente huérfano de la mano de algún otro niño, con la ligereza que parece faltarle a esta mañana de principios del verano.

–Papi, quiero irme a casa. –La niña se sienta de un salto en el respaldo de un banco; se entretiene en descamar los restos fosilizados de pintura verde, como si ayudara a mudar la piel de un reptil, como uno de esos bichos que va recolectando siempre por balsas y balsetes, cuando sale de excursión con su amigo Félix por las inmediaciones de la laguna. Sin el barniz, la madera asoma dando lástima.

–¿Te ocurre algo, tesoro? Te veo nerviosa –dice Simón.

–Papá, no me acuerdo de lo que le tengo que decir a la señora Viscarret cuando llegue, se me ha olvidado –se lamenta Clara.

–No te preocupes, cariño, te saldrá muy bien –Simón intenta aparentar tranquilidad ante su hija, integrar a la niña en las novedades de su vida con la normalidad con la que uno mezclaría el café soluble en la leche caliente–. Y ya te he dicho que puedes llamarla Lali.

Aunque aún es temprano, el calor hace mella en la niña y en su padre, o al menos eso es lo que Simón quiere creer, que todo es culpa de la temperatura, que lo que solidifica la estación, lo que la convierte en una mole mineral cansada, es la canícula del verano y no otra cosa. Quizá han llegado demasiado pronto. El tren de Zaragoza no puede tardar, pero a él le parece que llevan una eternidad esperando; se distrae pensando en un reloj de arena gigante, un reloj en el que cupiera todo el territorio de Monegros, el único con la suficiente arena para medir el peso de la culpa en su espalda.

Al cabo de un rato, el jefe de estación anuncia que el tren llega con retraso, como obedeciendo al secreto deseo de Clara de que no llegue nunca, de que pase de largo, de que quien tiene que bajarse no altere la calma de los días que han de venir, días de verano, de albaricoques y de cerezas, de música y de radio, de incursiones campestres en busca de lagartijas, de saltamontes y ranas.

La niña desea poder estirarse en el suelo, fundirse con el cemento incandescente del andén, poder descansar, atravesar el suelo y hermanarse con las

criaturas subterráneas, con los topos, con las lombrices, con la tierra suave y húmeda como los brazos de su madre, porque el calor tirano y ceniciento reseca su garganta y hace que sienta que le vaya a estallar la cabeza como una piñata en una fiesta de cumpleaños.

Baja del banco de un salto y se acerca a su padre, le coge una mano y se la ahueca, como si fuera una taza, un recipiente; luego se la acerca a la cara, se la pone sobre la nariz, y aspira con toda la fuerza de la que son capaces sus pulmones.

–Pero ¿qué haces, Clara? –el padre de Clara no se ha dado cuenta, nunca se la da, de que el hueco de su mano, que la niña se acerca repetidamente a la nariz como una mascarilla que le diera oxígeno y alivio, exhala leve el perfume de su esposa–.

***

Por la mañana, muy temprano, Clara se ha levantado convencida de que esta jornada iba a ser especial, y se ha propuesto que todas las cosas buenas del mundo confluyan, al menos por un día, en ella y en su familia, en su casa, en la burbuja amable y protectora que crean los brazos frescos y suaves de su madre. Clara se pregunta: ¿vas a dejar que no sea así?

Es justo el día en que Clara cumple siete años, y el hecho de que en esa misma fecha se inicie el verano aparece, a los ojos de la niña, como una coincidencia mágica, como si su llegada al mundo hubiera traído una claridad especial a la vida de su familia, una luz descarada, un símbolo de alborozo, un signo de placidez y fortuna ilimitadas. Más aún este día, en que estrena

un vestido de batista, liviano, casi incorpóreo, de un amarillo radiante como la luz del sol sobre un campo de girasoles.

Después de desayunar, Clara se ha vestido con el ceremonial reservado para las grandes ocasiones, casi como si fuera a pasar revista en un cuartel. El vestido nuevo: recién planchado; los zapatos: lustrosos; el pelo: estirado, con la raya perfecta; una gota de colonia en la nuca, dos detrás de las orejas. Al verla salir de su habitación, su madre la ha abrazado; Clara no ha entendido todavía en aquel momento por qué a su madre se le han saltado las lágrimas, ni el porqué de sus palabras.

–Mi niña..., escucha –se había agachado para ponerse a su altura y le había dicho–: pase lo que pase, yo siempre seré tu madre, ¿me oyes?

Hacia las ocho, la madre ha encendido la radio; el soniquete familiar del programa de canciones dedicadas se ha esparcido por la casa como un alegre y bienvenido invitado, como la banda sonora matinal de todos los domingos. Entre canción y canción la locutora ha ido desgranando nombres, uno a uno, como si rezara un rosario:

–Para Julio, de su mujer, Chari, que le quiere mucho… Para Antonia, de Paco… Para Clara, que cumple siete años, de su padre, Simón…

Desde su cuarto, Clara ha reconocido en la voz de la mujer su nombre y el de su padre. El corazón le ha dado un vuelco porque se ha confirmado su intuición, el pálpito que le ha insuflado energía desde que se

había levantado: su padre, el mejor locutor de radio del mundo, había encargado que la felicitasen a través de las ondas, a ella, con su nombre, Clara, y que le dedicasen una canción, una melodía festiva. Su amigo Félix, por su parte, le había regalado una rana, una ranita, pequeña como una hojita de alcachofa, verde y rugosa.

Apenas un rato más tarde, justo antes de salir hacia la estación, Clara se ha comido a escondidas un trozo del pastel de cumpleaños, reservado para la merienda; desde la cocina, invisible en un rincón de la cocina, ha oído cómo su padre y su madre discutían en voz baja. Solo entonces le ha empezado a parecer que ella era una especie de Blancanieves: Blancanieves de Sariñena.

–Dime, Simón, ¿es que no tienes corazón? ¿Por qué la haces venir?

–En algún momento tenía que ser, mujer, ya está todo dicho.

–Vete, vete con esa... Yo misma te prepararé la maleta. Y qué le vas a decir a la nena... hoy es su cumpleaños y pensaba que lo ibamos a celebrar juntos, al menos por esta vez...

–Ella solo viene a visitar la Cartuja. Es para preparar un reportaje. Nosotros ya hablaremos. La nena tiene que conocerla ya, y si acaso luego se lo explico. Por lo demás, no te preocupes, mañana recogeré mis cosas.

Era la primera vez que Clara veía temblar de aquella manera a su madre, frágil como las hojas de un sauce; le han venido ganas de protegerla, de abrazarla también con brazos suaves y húmedos, como tendría que hacer en adelante con su rana nueva. La imagen de una Lali

–la amiga de su padre, su compañera de trabajo– como un ser mitológico de dos cabezas ha turbado de repente la liviandad de la mañana, que hasta ese momento se había dejado llevar, despreocupada y alegre. Lali: una arpía, Lali: una infección que se puede instalar en el corazón de su padre; Lali: la enemiga de su madre, Lali: su enemiga, Lali, Lali, Lali... ¿En qué momento sacará la bruja su manzana envenenada?

***

Pero eso había sido temprano, y el plomo del sol volvía tensa la espera, pastosa, interponiéndose entre Clara y las horas precedentes, haciendo que parecieran remotas, que se evaporasen en la calina de un mal pensamiento. Sobre el banco, las flores que el padre ha comprado para Lali comienzan a aburrirse, aparecen a la vista torpes y abatidas.

Cuando se oye por fin el silbido agonizante del tren, punzando el ánimo de Clara como una estalactita, se rompe del todo el hilo que une la niña a la comodidad de la rutina. La mujer de Simón se lo había advertido a su marido: yo también conozco a Clara, le había dicho, necesita seguridad, lo previsible: no le alteres su mundo, Simón.

El jefe de estación da entrada al convoy. El tren abre sus puertas y escupe un racimo disperso de pasajeros. Al fondo, del último vagón, majestuosa, destacando como una orquídea entre margaritas silvestres, desciende la imponente Lali Viscarret.

–Ahí está –señala con el mentón el padre de Clara. La niña le aprieta la mano aferrándose al recuerdo de la madre que alberga la palma.

Clara la ve avanzar por el andén como a cámara lenta y se le escapa un pensamiento traidor, de deslealtad hacia su madre, un pensamiento impío de admiración hacia Lali, pues no recuerda haber visto una mujer tan hermosa en la vida: el rostro blanco y rosado, los rizos perfectos ensortijando un pelo rojizo como el corazón de una granada, la boca de almíbar, los labios líquidos y carnosos como melocotones: Clara ha leído descripciones así en los cuentos de princesas. Lali lleva un vestido etéreo como la piel de una cebolla y sujeta entre las manos, como un trofeo, un bolso de piel de cocodrilo, de una piel reseca y cuarteada, pero Clara ha aprendido también de los libros que no hay que dejarse engañar, que hay personas que envenenan con sus palabras, con su belleza, con su voz. También la madrastra de Blancanieves era hermosa: primero encandiló al rey, y luego puso su empeño, envidiosa, en acabar por todos los medios con la pequeña, su hijastra.

Así que esa era Lali Viscarret. La primera vez que Clara había oído su nombre había sido en una de esas ocasiones en que se sentaba en el comedor, cerca de la radio, para oír una de los programas de su padre y dejarse fascinar por su voz, por su timbre templado, ni demasiado ronco ni demasiado agudo, una voz envolvente como un abrigo para el invierno y fresca como una camisa de lino para el verano. Los mediodías en que el padre radiaba las noticias, Clara y su madre se sentaban frente al receptor para escucharle, como oficiantes en una ceremonia de adoración filial ella, conyugal la madre. En esas ocasiones, Clara se dejaba anegar de pies a cabeza por una sensación de bienestar, de gozo y de orgullo infantil.

–Ese es papá.

Muchas veces, a la de su padre se unía una voz de mujer, con una entonación dulce y tersa como la piel de un melocotón.

–Papá, ¿quién es esa mujer que habla contigo por la radio? –había preguntado una tarde Clara.

–Es Lali, Lali Viscarret. Es una excelente locutora, la locutora estrella de la emisora; es amiga mía.

–Y ¿es guapa? ¿Podré verla algún día?

***

–Hola, Simón, ¿cómo estás?

Lali ofrece al padre de Clara una sonrisa amplia y roja, a la niña le recuerda una tajada de húmeda sandía; luego le estampa un sonoro beso de carmín en la mejilla. Solo uno, un único beso que es para Clara mucho peor que si le hubiera dado dos o incluso que si le hubiera abrazado. Un solo beso era un signo enojoso de confianza, una seña de familiaridad entre su padre y Lali que a Clara le resulta embarazosa y que le irrita más que el calor despótico del mediodía, más que la sed opresora que atenaza su garganta, más –incluso– que la caída de la primera hoja del castaño y que el inicio del curso cuando llega el otoño. Clara evoca de nuevo el perfume materno refugiando su nariz en la mano del hombre.

Lali se dirigie a la niña. A Clara no se le escapa la nube de contrariedad que inunda la expresión de Lali, su mirada, mientras inclina hacia ella su cuello de

jirafa. La pequeña la ve aletear sus inmensas pestañas de avestruz, como un abanico que le proyecta un aire que, lejos de aliviarle el calor hiriente, la deja asfixiada. Lali le sonríe, la boca inmensamente abierta, a punto de engullirla, la campanilla titilante le parece un badajo anunciando algún peligro.

–Hola, bonita. No sabía que ibas a venir.

Lali le roza la mejilla con el dorso de la mano. Clara, sin ningún disimulo, se la frota enseguida con el hombro como queriendo librarse de algún contagio, y retrocede un par de pasos. Sobre el fondo de las nubes, el rojo del globo asemeja una mancha de sangre sobre una camisa blanca y nueva.

–Sea bienvenida, señora Viscarret. Estamos muy orgullosos de que nos honre con... Estamos muy orgullosos de que nos honre con su... con su....

–Con su presencia. –Condescendiente, el padre acaba la frase ensayada mientras le acaricia la cabeza con la mano, hasta que la caricia se convierte en un ligero impulso, para que Clara dé un paso al frente y se acerque a Lali la pérfida, Lali la bruja, y le entregue el ramo que oculta detrás suyo desde que ha llegado el tren. Ella lo coge sin darle las gracias y se incorpora. Al moverse, la melena rojiza le azota las mejillas blancas como leche merengada. La boca se le llena a Clara del gusto del rojo de las fresas y del blanco de la nata de su pastel de cumpleaños. Le viene a la mente la tarta, que ha quedado a medio morder en la nevera de casa.

En las manos de Lali, que las mira con el mismo acérrimo desprecio con que acaba de tratar a Clara, las

flores han perdido la respiración o acaso han muerto de envidia y por ello no tienen ya color, ni forma ni tan solo aroma.

–Vamos –resuelve Simón–. Nos espera una interesante visita a la Cartuja de las Fuentes. Luego iremos a comer a un restaurante muy bueno que conozco. Tenemos mesa reservada.

Fuera de la estación, ya en la calle, suben los tres a un taxi que les espera desde hace rato: el padre delante, Clara y Lali Viscarret en el asiento de atrás, con las flores como hojas de acelgas arrugadas en el regazo. El padre le da al taxista las indicaciones precisas.

–Papá –interviene Clara–, cuando estemos en el restaurante, ¿podré pedir paella?

–Claro, hija, paella, gambas, lo que quieras...

A Lali la diva, la pérfida, se le avinagra el semblante. Se rebulle en el coche; sus manos finas hurgan en el bolso de cocodrilo hasta dar con un espejo.

–No me gustan los bichos en la paella –se repasa el rímel mientras protesta–. De hecho, no me gusta ningún bicho, me dan repelús –añade–. Simón, deberías haberme dicho que venía la niña. Creo que no estoy preparada para esto –Lali tuerce la boca, en una mueca que la afea, no solo en su rostro. Deja descansar de golpe las manos sobre las piernas, el espejo y el rímel aún entre sus dedos.

Desde su asiento delantero, el padre de Clara no puede advertir el gesto de Lali, ni leer la mente de su hija, ni ver su sonrisa maliciosa, ni su mano, que en ese

momento acaricia con especial afecto un corazoncito verde alcachofa, pequeño y arrugado, que asoma por el bolsillo de su vestido nuevo, un vestido amarillo radiante como la luz del sol sobre un campo de girasoles.

Los Monegros
CONSEJO COMARCAL

Los Monegros
CONSEJO COMARCAL

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALTOARAGONESES
Diputación de Huesca